EL ESCLAVO
EN GRILLOS DE ORO,

COMEDIA

DE DON FRANCISCO BANCES CANDAMO.

Que á un buen Rey, ahunque mas pida,
ahun no le paga el vasallo
con la hacienda y con la vida. Jorn. III.

ADVERTENCIA.

Don Francisco Bances Candamo nació en el Lugar de Sabúgo, del concejo de Grado, en el Principado de Asturias, en el dia 26 de Abril del año 1662. Sus padres fueron muy ilustres por su sangre; pero él ilustró su familia por su ingenio y por las producciones de él, que le perpetuarán eterna fama.

Hizo sus estudios en la célebre Universidad de Sebilla, á la sombra de un tio, Canonigo de aquella Metropolitana.

Establecido en Madrid, prosiguió, en aumentar el credito, que ya le habian adquirido sus composiciones dramaticas; y destinado á la de las Comedias, que se representaban en la Corte, le honró el Rey Carlos II con una pension annual de mil ducados, pagados de su bolsillo secreto.

Salió despues de la Corte, á servir varios empleos, en que se hubo tan desinteresada y generosamente, que habiendo vuelto á Madrid, tubo que pedir prestado, para comer en el mismo dia de su llegada.

Hallandose despues en Lezuza con cierta comision, enfermó de muerte, y falleció en la misma Villa en 8 de Septiembre de 1709. Hizo su testamento el mismo dia, dexando por legado al Duque de Alba sus MSS., acaso con el deseo y la esperanza de que se publicasen; pero debieron de perderse ó extraviarse; porque no hace mucho tiempo, que yo compré en precio de dos reales de vellon varios de estos originales, en que se comprenden seis Cantos del *Cesar Africano*, y algunos quadernillos de una obra Política y de otra Histórica, ambas doctamente escritas.

Poco antes de espirar, pidió al Cura de Lezuza, le enterrase de limosna, pues los pocos bienes, que dexaba, deseaba, se invirtiesen en el pago de algunas de sus deudas.

En esta situacion vivió y murió un hombre tan digno de mejor fortuna, contento con sola la riqueza de su philosophia.

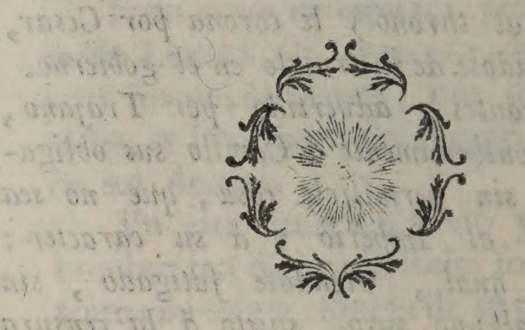
ARGUMENTO.

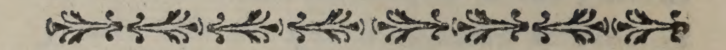
Viniendo Trajano, Emperador de Roma, y Elio Adriano su sobrino, triunfante de Armenia y Parthia el primero, y de las Galias el segundo, recibidos como tales en Roma, á tiempo que Obinio Camilo, ayudado de Lidoro, tenia dispuesta conjuracion contra sus vidas, para alzarse con el imperio: es avisado Trajano por Cleantes de la traycion, y manda, traygan á su presencia á Obinio Camilo, para castigarle.

Convocado el Pueblo por edictos, y presentado Camilo en el Senado, Trajano le sube al throno y le corona por Cesar, encargandose de instruirle en el gobierno.

Cleantes, advertido por Trajano, avisa continuamente á Camilo sus obligaciones, sin permitirle cosa, que no sea atencion al Imperio y á su caracter; por lo qual, viendose fatigado, sin tiempo alguno suyo, sujeto á la censura pública, sin poder elegir amigo ni dama á su gusto, precisado á perder á Sirene, á quien amaba, y sin acertar en los decretos en las públicas Audiencias, ni en-

contrar el modo de atender á las guerras y alborotos de que le avisan: se reconoce incapaz para tal carga, y pide postrado, le liberte de ella, á Trajano, que entonces dexa de castigarle, en atencion á la amistad y nombre del padre de Camilo y nombra por su sucesor á Adriano, que casa con Octavia, al mismo tiempo, que Camilo se desposa con Sirene.





PERSONAS.

TRAJANO, *Emperador de Roma.*

OBINIO CAMILO.

ELIO ADRIANO.

SIRENE.

OCTAVIA.

CLEANTES, *Consul de Roma.*

LIDORO, *Centurion.*

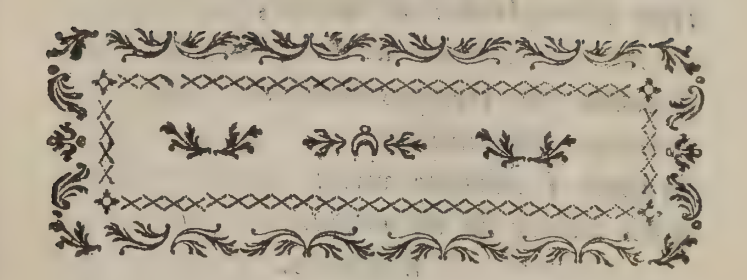
LICINIO, *Prefecto.*

GELANOR Y CORBANTE, *Criados.*

LIVIA Y FLORA, *Criadas.*

UN SENADOR.

UN MUSICO Y UN ALQUIMISTA.



EL ESCLAVO EN GRILLOS DE ORO.

JORNADA PRIMERA.

Al son de caxas, clarines é instrumentos musicos salen por los lados Adriano y Trajano, y por medio las damas, coronadas de rosas, y Cleantes con gramalla y cota de Senador, y llaves en una fuente, y Camilo, Lidoro y Gelanor.

MUSICA.

En hora dichosa llegue
al sacro templo de Palas

todo el explendor de Roma,
en los dos Heroes de Hespaña,
diciendo en trompas belicas
músicas consonancias:
Trajano y Adriano vivan
para timbre de su patria.

DENTRO.

Trajano y Adriano vivan
para timbre de su patria.

TRAJANO.

Aqui, cesando el estruendo
de trompas, voces y caxas,
que la atencion nos confunden,
y el ayre nos embarazan,
de los dos triunfales carros,
que en festones y medallas
tantos aplausos avultan
en empresas, que resaltan
alli salpicado el oro,
y escarchada alli la plata,
dexemos las altas popas,
que de oro son vivas ascuas;
y tanto, que concibiendo
al sol en palidas llamas,
es mas tratable á la vista,
menos activa y mas blanda
la luz, que el sol les imprime,
que el reflexo que trasladan,

porque luz, vestida de oro,
ciega con mas eficacia.
Dexemos los carros, digo;
y en el templo, que consagra
á Palas Roma, ofrezcamos
de su deydad á las aras
los triunfos, que nos da el cielo.
Tu, Adriano, llega y enlaza
tu vida á mi vida en este *abrazale.*
nudo. Ay, sobrino, ¡con quánta
terneza miro tus triunfos,
si en tu juvenil bizarra
edad se está renovando
mi caduca edad anciana!

ADRIANO.

Todos los triunfos, señor,
que por victorias tan altas,
como tu fortuna pudo
comunicar á mi espada,
me da Roma, no lo fueron,
hasta llegar á tus plantas.
A mi enemigo Camilo *ap.*
he visto, quando en la rara
hermosura de Sirene
hidrópico trasladaba,
para ver sus perfecciones,
á los ojos toda el alma.
¡A un tiempo zelos y amor!

Mal aguero es de mi entrada.

OCTAVIA.

Ay, Adriano; de tu ausencia,
¡cómo es posible, que haya
podido sobrarme vida,
para ver hoy dichas tantas!

CAMILO.

¡Ay, traydor, como la mira! *ap.*

LIDORO.

Disimula, siente y calla.

CLEANTES.

Trajano, Cesar invicto
de Roma, á cuyas hazañas
ahun vienen estrechas todas
las clausulas de la Fama,
en este sagrado templo,
en fe de la acostumbrada
ceremonia de los triunfos,
todos los Padres te aguardan
Conscriptos, y por mí todo
el Senado las doradas
llaves de Roma te entrega,
como á su dueño.

TRAJANO.

Levanta,
Cleantes; que no á mis pies
estás bien, ahunque eres basa
de mi Imperio, en cuyos hombros

tanta parte de él descansa,
mas que se sustenta.

CLEANTES.

Ah cielos,
¡yo tengo de ser la causa, *ap.*
de turbar tanta alegria
con noticia tan infausta,
como la conjuracion,
que con Camilo tratada
tienen tantos nobles! Pero
mas á la cordura agrada,
el que, advirtiendo, molesta,
que el que, contemplando, engaña.

SIRENE.

Todas las Sacerdotisas
de la religiosa estancia
de esta clausura en tu triunfo
llegan, señor, humilladas,
á darte el parabien, todas
festivas y coronadas
de rosas, cuyos fragrantes
ojos, lagrimas del Alba,
bordaron, quaxando perlas,
roxas y verdes pestañas;
á cuyo fin tus aplausos
repiten en voces varias,

MUSICA *dentro.*

Diciendo en trompas belicas

músicas consonancias:
Trajano y Adriano vivan
para timbre de su patria.

TRAJANO.

De todos generalmente
recibo la alborozada,
festiva, ostentosa muestra;
pero de nadie con tanta
terneza, Sirene hermosa,
como de la venerada,
religiosa tropa bella,
que por las mansiones vaga
de este sagrado edificio,
en cuya soberbia vana
los humos del templo esconden
magnificencias de alcazar.
Y pues cercano á Palacio
tanto su sitio se halla,
que de él una oculta puerta
para su comercio pasa
de las Augustas al quarto,
aqui mi triunfo se acaba.
Despedid la gente toda,
y entremos; que, dando gracias
de la victoria de Armenia
al simulacro de Palas,
á Palacio por aqui
mas breve iré. Ay vida humana,

¡qué habrá en tí, que no fatigue,
si hasta los aplausos cansan!

SIRENE.

Vamos, en su aplauso todas
repitiendo en voces varias, *clarin.*

Voces dentro.

Trajano y Adriano vivan
para timbre de su patria.

Vanse, y quedan Camilo, Lidoro y Gelanor.

CAMILO.

¿Gelanor?

GELANOR.

¿Señor?

CAMILO.

¿Por qué
(mal se sosiega esta llama)
no avisaste á todos?

GELANOR.

¿Quándo
no executo, lo que mandas,
no obstante el ser tu criado?

LIDORO.

Ahunque, quien á dar, se alarga
consejo, que no le piden,
disguste antes que persuada,
aquel, que al dictamen tuyo
oponerse quiere en nada,
no es hombre, porque sus voces

de las tuyas usurpadas,
solo para concederte,
son ecos y no palabras.

CAMILO.

¿Por qué lo dices?

LIDORO.

Lo digo,
porque ahunque estudiaste tanta
philosophia, y ahunque
máxîmas tan elevadas
la Política te enseña,
conozco la gran distancia,
que hay en sus operaciones,
de exercerlas, á estudiarlas.
Si no te cabe en el pecho
una presuncion liviana,
de ser Monarca, ¿qué hará
el serlo, y cómo se hallará
con la posesion, quien ya
no está en sí con la esperanza?
Mal tu inquietud disimulas;
y las materias tan altas,
que se hacen al vulgo solo
en el retiro sagradas,
por manos de hombres indignos,
parece, que se profanan,
pues luego las desestiman,
viendo, que estos las alcanzan.

¡Tan grande conjuracion,
como la que hay conspirada,
á ceñir tus nobles sienes
de las inmortales ramas
del sacro laurel de Roma,
que el globo terrestre abraza,
por medio de este criado
indignamente se trata!
¡Qué enseñas á los amigos,
que halientan tu confianza!
¡En quan poco á ti y á ellos
estimas, pues tu arrogancia
trahe sus vidas del acento
de un hombre tan vil colgadas!

GELANOR.

De lo mucho, que usted me honra,
le quedo á deber las gracias.
Pagaré.

CAMILO.

Ya sé, Lidoro,
lo que aventura mi fama
en accion tan peligrosa.
Sí, en perderla ó en ganarla,
consiste, el ser mala ó buena,
y ha de quedar reputada,
si se pierde, de traycion,
y si se logra, de hazaña;
no la razon, el suceso

es, quien hace buena ó mala
justicia, que se remite
al tribunal de las armas.
Apresó el Magno Alexandro
un corsario, que infestaba,
bandido de agua y de tierra,
en una veloz fragata,
marítimo alcon, que en bordos,
puntas y tornos disfraza
costas y mares á un tiempo,
sin que perdone su saña
pescadores en las ondas,
ni pastores en las playas.
Llamóle Alexandro, y dixo:
¿por qué, dí, ladron, robabas
tan vilmente? A que el corsario
respondió con mas constancia;
por que tú gloriosamente
robas tambien con tyrana
sed; y en tu oficio, y el mio
no se encuentra mas distancia,
que, porque yo con un leño
humilde robo, me infaman
(ahun siendo mayor mi arrojo)
con el nombre de pirata;
y á tí te dan el de Rey,
porque robas con armadas.
Bien ha explicado este exemplo,

que no hay accion tan extraña,
que la corona no dore;
bien como la Tyria grana,
que de la púrpura al tinte
se bebe todas las manchas;
porque en regios explendores
no hay sombra; que sobresalga.
Nuestros Dioses no han sabido,
enseñar mas ajustada
política, y de ellos poco
puede temer la venganza,
porque, si ellos la executan,
¿cómo han de poder culparla?
Quando delinque el poder,
á la justicia le ata
las manos el poder mismo,
y culpas, que él castigára,
quedan tal vez permitidas,
y tal vez autorizadas.
Hoy entró Trajano en Roma,
triunfante de Armenia y Parthia,
con Adriano su sobrino,
que vencedor de las Galias
vuelve, añadiendo soberbia
á su Hespañola arrogancia.
Es Adriano mi enemigo,
por amante de la rara
hermosura de Sirene,

una de las celebradas
bellezas, que en este templo,
que á Minerva se consagra;
y adonde las mas ilustres
nobles doncellas Romanas
se crian, y desde adonde
con mas decoro se casan;
vive, añadiendo á la infusa
tantas adquiridas gracias.
Su tio el Emperador
Trajano á Adriano le encarga
los militares manejos
en las facciones mas arduas,
á fin de nombrarle Cesar,
haciendole antes con maña
bien quisto de las Milicias,
por el gran premio, que aguardan
de aquel Príncipe, á quien vieron
capitan en las batallas,
consejero en los peligros
y compañero en las marchas
los soldados; pues no ignora,
que no entran bien los Monarcas
(mayormente en las coronas,
que no son hereditarias)
mal vistos de la Milicia,
que es, quien ha de conservarlas.
Si Adriano, pues que á mi intento

competidor se declara,
se ciñe el laurel de Roma,
ya veis, con quanta ventaja
de su poder á los filos
queda expuesta mi garganta;
y asi anticipado quiero
madrugar á su asechanza;
pues del poder las violencias
solo trayciones rechazan.
Hespañoles son los dos,
y mi siempre ilustre casa
de los Camilos es timbre
de las primeras ancianas
Consulares y Patricias
familias mas veneradas.
El mas rico y poderoso
de Roma soy; ya me aclaman
por liberal la Milicia,
y por natural la Patria.
¡Pues por qué consentirémos,
que manden la dilatada
esphera del mundo dos
advenedizos de Hespaña!
Ya está Trajano muy viejo,
y la fortuna se cansa,
de favorecer á uno;
porque juzga su inconstancia,
que, el que la goza freqüente,

la imagina vinculada.
Los dos mañana á la muerte
se destinan. Mas distancia,
desde la tragedia al triunfo
no ha de interponer mi saña:
tan inciertos son los fines
en las venturas humanas.
Fiarme de este criado,
impugnas, siendo ignorancia,
no saber, que siempre ha sido,
ahun en las cosas mas arduas,
pension de graves materias,
el no poder manejarlas
sin terceros y terceras,
que acudan con vigilancia
á diligencias precisas,
como esta, en que se le encarga,
que á todos los conjurados
avise para mañana.
Prisionero de mi padre
fue Gelanor en batallas,
que les dió en las dos Panonias
á las naciones Germanas.
Hombre, que á la guerra vino,
bien da, á entender, que no estaba
muy desnudo de nobleza.
Me ha servido con extrañas
muestras de lealtad, y yo

le dí libertad. Repara,
si con este beneficio
debo hacer de él confianza;
pues los hombres no tenemos
en nuestra condicion varia
mas modo de asegurar
de los hombres las mudanzas,
que los beneficios. Si esta
razon tal vez sale falsa,
se engaña muy noblemente,
quien, pensando bien, se engaña.

LIDORO.

Por eso mismo te culpo;
pues, si con mano bizarra
le has dado la libertad,
que es, quanto de tí esperaba,
no es en su interés seguro.
Bien fuera, que reserváras
el ultimo beneficio,
para ser ultima paga,
pues recibido da odio,
y prometido esperanza.
Y asi en tu vida confies,
ahunque obligado le hayas,
de aquel, á quien tanto diste,
que de tí no espere nada.

GELANOR.

¿Hombre, que te va, en que sea

yo traydor, que asi te matas,
en probarlo con razones?
Librenos Dios, de que haga
un Estadista un capricho;
que con tema porfiada
mentirá todo, primero
que mienta su judiciaria.

CAMILO.

Mucho consejero es este.

LIDORO.

¿Qué resuelves pues?

CAMILO.

Que vayas,
á prevenir los amigos,
pues la funcion acabada
del sacrificio, ver quiero,
si pueden lograr mis ansias,
descansar con mi Sirene.

LIDORO.

¿Le has dicho algo?

CAMILO.

Con palabras
equivocas, misterioso
ciertas vislumbres lexanas,
á que ella llamó locuras,
le dí, de lo que trazaba
nuestra industria, quiza solo,
Lidoro, por coronarla

reyna del mundo; y ahun esto
no dexará sosegada
la ambicion de mi fineza;
pues, en postrando á sus plantas
el mundo, moriré al ver,
que ya no hay mas, que postrarla,
y quedará mi fineza
en desiguales balanzas,
por summa, incapaz de aumento,
por ociosa, desayrada.

LIDORO.

Ya, segun dicen los nuevos
alborozos de esa salva,
desde lo interior del Templo
á Palacio el Cesar pasa.

CAMILO.

Pues entremos; y supuesto
que solo de aqui á mañana
es el plazo de su vida:
¿qué importa, que en consonancias
de musicas y clarines
las voces repitan varias:

EL Y MUSICA.

Trajano y Adriano vivan
para timbre de su patria?

Vanse, y salen Trajano, Cleantes y Soldados de acompañamiento.

TRAJANO.

Gracias, soberanos Dioses,
os doy, de que otra vez llego,
de mi Palacio Imperial
á ver los dorados techos
despues de ausencia tan larga,
en que castigados dexo
los rebeldes, tan postrados,
tan rendidos, tan deshechos,
que apenas quedó á su ruina
vida para el escarmiento;
que es desdicha aparte, el no
sacar leccion de los riesgos.
Ay, Cleantes, aquel poco
espacio, que del gobierno
sobra en la paz al descanso
de mi fatigado esfuerzo,
que halienta á nuevos afanes,
le echaba en el campo menos
entre el horror, por las doctas
clausulas de aquel silencio,
en que yo, con escucharme
á mí, de mí mismo aprendo.
Verdad es, que en mudo horror
me esto y gritando hácia dentro.
Dexad me solo.

CLEANTES.

Señor,

Vanse los Soldados.

á solas que hablarte, tengo,
si me das licencia.

TRAJANO.

Solo
dixe, que me dexen; pero
tu eres otro yo, y no estorbas
mi soledad. ¿Mas qué es esto?
¡Lloras, supiras y gimes!
Algun grave mal recelo,
pues hace llorar á un sabio.
¡Qué dolor es tan adverso,
el que vertido en tu llanto,
no cupo en tu sufrimiento!

CLEANTES.

Preven, ó Hespañol Trajano,
tu siempre invencible pecho
á un gran golpe de fortuna.

TRAJANO.

Excusado advertimiento
es para mí, que conozco
á la fortuna. ¡Muy bueno
fuera, que habiendo, yo sido
su primer ministro, siendo
quien ha repartido al mundo
sus castigos y sus premios,

su condicion ignorase!
Desde el instante primero,
que desde pobre soldado
me arrebató al trono excelso
de Roma, supe, que habia
de ser yo el primer objeto
de sus iras, porque loca,
como me dió desde luego,
quanto ella tiene que dar,
se vió pobre, y es su genio,
estar dando cada dia,
y agradarse de lo nuevo;
y es fuerza, que para otros,
á lo que me dió, acudiendo,
lo que dió como gracioso,
lo cobre como violento.
Desde aquel primero dia,
tan hecho el ánimo llevo
á ese golpe, que no hará
novedad á mi talento
cosa, que es tan natural.
Prosigue; que yo te ofrezco,
no recibir pesadumbre
de tu aviso; que no temo
á la fortuna, pues ella,
ahunque mande el universo,
no tiene jurisdiccion
dentro de mi entendimiento;

que, ahunque puede á mi pesar,
hacerme infeliz, es cierto,
que hacer, que lo sienta yo,
no podrá, si yo no quiero.

CLEANTES.

Sabe, que Obinio Camilo,
aquel ilustre mancebo,
cabeza de los Camilos,
bien, que como todos ellos
se emplearon en hazañas,
él solo en divertimientos,
que á costa suya le infaman
lo rico con lo soberbio,
tu muerte tiene trazada,
para cuyo infausto efecto
el oro, que ha derramado,
fue el eficaz instrumento,
con que ha falseado tus guardias;
pues ha grangeado en secreto
los soldados Pretorianos,
que de Roma no salieron
á esta guerra, como están
siempre en la Corte de asiento
por preeminencia, que goza
la cabeza del Imperio.
Dexa, gran Cesar, á Roma,
pues ha quedado tan lexos
de ella tu exercito, y vuelve,

á acaudillarle resuelto.
Castiga traycion tan grande,
y dexa sembrado el miedo
de tu poder en su estrago,
sin temer, que otra vez ciegos
contra tí se atrevan otros,
si te mostrares severo
con este; que los Monarcas
no han de perder en sus reynos
el credito del poder,
que es, á quien están debiendo
siempre su conservacion;
pues contra los pensamientos
ocultos no hay en el mundo
mas armas, que los exemplos,
que una vez, que se executan,
están siempre persuadiendo.
De uno de los conjurados
supe por alto decreto
hoy el tratado, que, al verte
entrar con tal lucimiento,
dando hoy á la Patria triunfos,
el imaginarte muerto
allá en su idea mañana,
dando á la Patria lamentos,
le movió á la leal piedad.
Averigüé, si era cierto
el aviso, y comprobado

con otros muchos le tengo
con todas sus circunstancias.
Que no desprecies, te ruego,
mi aviso, ya que no pude
á mas oportuno tiempo
dartele.

TRAJANO.

Calla. ¡ Y previenes
mi constancia para esto!
La marabilla, Cleantes,
que experimentára el cetro,
fuera, vivir en el mundo
un solo instante, un momento
la fortuna sin envidia,
y los hombres sin deseos.
Pero, si es tan natural
en los humanos sucesos,
que la envidia á la virtud
siga, como sombra al cuerpo:
¡á qué efecto en tu prudencia
aquellas lagrimas fueron!
¡ni á qué efecto preveniste
á un gran acaso mi esfuerzo,
si agraviaste mi razon
con tu prevencion, queriendo
que, lo que es tan natural,
á mí se me hiciese nuevo!
Siento, que sea Camilo

hijo de un hombre, á quien debo
el honor, laurel y vida;
que de mi piedad ajeno
será, quitar á su hijo
vida, que me dió su haliento.

CLEANTES.

Magnanima es tu constancia;
pero, que mires, te advierto,
que con el imperio pierdes
tus venturas.

TRAJANO.

Eso niego.
A Chotis, gran rey de Thracia,
le presentaron en feudo
unos christalinos vasos,
labrados con tal aseo
de relieves y molduras,
que los perfiles mas diestros,
en la sutileza misma
á los ojos se perdieron
en el primor escondidos;
pues no es encarecimiento,
que á ojos humanos se pueda
desvanecer lo perfecto.
Admiró al rey el prodigio,
de que obedezca preceptos
del buril tan delicada
materia á la vista, siendo

diafanidad condensada,
ó niebla de christal terso,
con susto, de que, al mirarla,
la desvanezca el haliento.
Con explendida grandeza
satisfizo al mensagero
el presente, á cuya vista
pedazos hizo los bellos
vasos, dando luego al ayre
casi en vapores disueltos,
de arquitecturas de vidrio
tantos caducos fragmentos.
Todos preguntaron: cómo
dandose por satisfecho
del regalo, y tanto, que
sus criados conocieron
el gusto, que dispensaba
lo admirado y lo suspenso,
ahora lo hacia pedazos;
y el les respondió: por eso;
que me iba agradando mucho:
y, antes de poner mi afecto,
donde me le rompa el ayre
al descuido mas pequeño,
quiero tener yo el blason,
de romperle; pues es cierto,
que un gusto fragil se goza
con mucho susto, y no quiero,

sobre mis felicidades
dar jurisdiccion al viento.
Mas fragil que aquellos vidrios
la corona considero,
y qualquiera dicha humana;
luego no anduviste cuerdo,
en juzgar, que yo podia
poner todo mi contento
en las fortunas de vidrio,
que contra el humano ingenio
las quiebra el mismo cuidado,
que en conservarlas ponemos.
El hombre es lo mas, Cleantes;
el imperio, que me dieron,
ahí lo tienen; que yo á mí
me basto para mí; puesto
que está mi felicidad
en mi propio entendimiento,
que desprecia esas venturas
fantasticas, y no quiero,
poniendo mi gusto todo
en tan delicado objeto,
dar poder sobre mi gusto
á la fortuna y al tiempo,
sino tan dentro de mí
ponerle, que no sujeto
esté al arbitrio de nadie,
pues le guardan acá dentro

del siempre libre albedrio
los nunca violados fueros.
Pensaba, dexar á Adriano
por succesor del Imperio,
por bien del Imperio mismo,
no de mi sangre, si advierto,
quanto estudio me ha costado;
haber sido su Maestro
en las artes de reynar.
Y solo una cosa siento,
que es, dexar mal sucesor;
porque, si es comun proverbio,
que los Reynos se conservan
del modo, que se adquirieron,
quien le consigue usurpando,
le mandará, destruyendo.
¿Qué sabe este loco jóven
de militares manejos?
¿A dónde aprendió las artes
del político gobierno?
¡Qué nó hay mas, de ser Monarcas;
qué despues lo aprenderemos!
Docta es, pero peligrosa
escuela la de los yerros,
si en ellos ha de enseñarse;
porque, si hay leccion en ellos,
que puede costar la vida,
¿para qué es la ciencia? Luego

feliz, quien estudia á costa
de los errores ajenos.
El me vengará de sí,
y asi yo incurrir no debo
en la culpa, de vengarme.

CLEANTES.

Señor, que lo mires, ruego,
mejor; porque no es constancia,
quedarte tan indefenso
á tan cercano peligro.
Precipitarte han dispuesto
de este trono, en cuya lumbre
todo desliz es despeño;
pues no permite la altura,
que desciendas sino muerto.
No defiendas el laurel:
pierdase el poder. Yo vengo,
en que es magnanimidad
de una corona el desprecio;
pero de una vida, es
desesperacion; y creo,
que del medio del valor
en los distantes extremos,
mas que á la temeridad,
se ha de atribuir al miedo.
¿A qué animal no le enseña
naturaleza, en naciendo,
á aborrecer el peligro?

Aquel lazo tan estrecho
de la vida, que en el hombre
es nudo de alma y cuerpo,
un natural apetito,
á conservarle, tenemos,
y ahun obligacion: luego es
flaqueza, el no defenderlo.

TRAJANO.

¡Yo miedo! Mal me conoces.
Tranquilidad y sosiego
del animo es, el que miras;
y porque estès satisfecho,
que para estorbar los daños,
no es circunstancia, el temerlos,
¿Licinio::: ?

Sale Licinio.

LICINIO.

¿Señor, qué mandas?

TRAJANO.

Que, pues eres el Prefecto
de mis guardias, con mis guardias
vayas, y me traygas preso
al punto á Obinio Camilo;
pero mira, que te ordeno,
que sin él en todo caso
no vuelvas; y que al momento,
que la prision executes,
en los mas públicos puestos

de Roma hagas, echar bando,
en que se convide al pueblo,
á ver dentro del Senado
el castigo mas severo,
mas nuevo y mas rigoroso,
que hasta hoy han visto los tiempos,
porque traydor conspiraba
contra mi laurel supremo.

LICINIO.

Asi lo haré. ¡Extraño caso! *vase.*

TRAJANO.

Ya de su traycion me vengo.
¿Estás contento?

CLEANTES.

Señor,
que apresuras mas, recelo,
tu muerte; porque están todos
de su parte, y en sabiendo,
que vas, á darle castigo,
sus designios descubiertos,
todos han de declararse.

TRAJANO.

Para mayores empeños
basto yo solo, Cleantes.
Ven conmigo, porque quiero
un medio comunicarte,
con que vengarme, resuelvo
sin sangre de esta traycion.

Y mira, que te prometo,
executar en Camilo,
si se logran mis intentos,
el castigo mas cruel,
mas horroroso y mas fiero,
que hayan visto las edades,
y que en todos los sucesos
de mis triunfos quede al mundo
su memoria para exemplo.

Vanse, y suena Musica, y salen Gelanor, y Camilo por un lado, y Adriano, y Corbante por otro de noche.

MUSICA.

Detente, arroyuelo ufano,
y sobre las flores duerme,
que al blando arrullo del ayre
musico susurro mece.

GELANOR.

Que espere, dice la voz
de Livia en falsete; pues
tan falsa como ella es,
y ahun temo, que me dé coz
con ella.

CAMILO.

Ahun no recojidas
las amigas estarán.

GELANOR.

Por el jardin andarán

las señoras esparcidas,
segun el ruido.

CAMILO.

Fortuna
fue, pues tan presto venimos,
que, quando esta puerta abrimos,
aqui no estubiese alguna.

CORBANTE.

¡Que á esto te resuelves!

ADRIANO.

Sí.
Nada te admire, Corbante,
pues otras veces, amante
de Octavia, entré por aqui,
dandome llave á este fin,
quando fino me mostré,
de esta oculta puerta, que
desde el Palacio al jardin
del Templo sale.

CORBANTE.

Mil vidas
he de perder infelice,
pues esta musica dice,
que no están ahun recojidas
y han de vernos las demás.
Fuera de que, ¿qué previenes,
si ella no sabe, que vienes,
á hablarla, ni que aqui estás?

MUSICA *muy lexos.*

Detente, arroyuelo ufano, &c.

ADRIANO.

Lexos suenan.

CORBANTE.

¿Qué te mata?

CAMILO.

Muy lexos suena el acento,
pues mas le mormura el viento
en ecos, que le dilata.
Paseandose deben de ir.

GELANOR.

Pues no vengan por acá;
que al oir decir, quien va,
fantasma me he de finjir,
y pataleta ha de haber.

ADRIANO.

¿Hoy Flora no te advirtió,
que viniese tarde yo;
porque suele suceder,
ahunque no sabe á que fin,
á quien hable, ó quien aguarde,
que se quede hasta muy tarde
Sirene en este jardin,
y no quiere, que me vea?

CORBANTE.

¿Asi fue?

ADRIANO.

¿Pues qué te admira,
que quien como yo suspira,
ama, padece y desea,
asi se haya anticipado;
porque si sola se queda,
mi amor expresarla pueda,
primero, que con cuidado
baxe Octavia? Y demas de eso,
no estoy poco sospechoso,
de que es Camilo dichoso
con ella. Mi error confieso,
en pensar esta baxeza;
pero una zelosa llama,
ahun la injuria de la dama,
quiere, alegar por fineza.

MUSICA.

Detente, arroyuelo ufano, &c.

GELANOR.

Mas cerca suenan, señor.

CORBANTE.

Aca, parece, que vuelven.

Salen por un lado Sirene y Livia; y por otro Octavia y Flora.

SIRENE.

¿Se recojió Octavia?

LIVIA.

Sí.

OCTAVIA.

¿ Se ha retirado Sirene?

FLORA.

Rato ha, que yo no la he visto.

SIRENE.

Pues tu dices, que á otras tienes
convidadas á cantar,
porque, si curiosas vieren,
que me quedo en el jardin,
que es solo á oirlas, sospechen
sin otro fin, retiradas
las puedes tener en ese
cenador, en cuyos altos
enmarañados canceles
la confusion de sus hojas
hasta la sombra dan verde.

OCTAVIA *á Flora.*

Pues dices, que allá vosotras
habeis de cantar, advierte,
que la música retires
á ese cenador rebelde
á la luz, pues sus tenaces,
verdes y frondosas redes,
si por un resquicio entraron,
ahun los rayos del sol prenden,
de suerte, que á salir nunca
de su laberinto acierten.

SIRENE.

Y pues no pueden llegar
á este sitio, sin que entren
por sus puertas á estas calles,
si alguno acercarse vieres,
procura, que con la letra
me avisen, para que dexe
de hablar con Camilo, y sola
por el jardin me pasee,
como gozando á mis solas
la suavidad del ambiente,
que de azucenas y rosas
invisibles alas mueve.

OCTAVIA.

Y si alguna hácia aqui pasa,
con la letra avisar puedes
para que yo me retire,
fingiendo, que me detiene
el manso viento, que á soplos
y á blandos susurros leves
entre estos sauces se arrulla,
y entre estas copas se mece.

LIVIA.

Asi lo haré; pero mira,
que no te estés, como sueles,
hasta el Alba, porque el sueño
me da guiñadas. *vase.*

FLORA.

Advierte,
que el sueño y yo á cabezadas
damos por esas paredes. *vase.*

GELANOR.

Ya no cantan.

CORBANTE.

Nada suena.

SIRENE.

¡Que tenebroso que tiende
hoy la noche el negro manto
de sus horrores! Parece,
que en los luceros, que apaga,
las mustias sombras enciende.
Y no poco duplicado
su horror se percibe en este
jardin, que de espesas murtas
y verdinegros cipreses,
segunda noche frondosa
las sombras de gualda texen.

Suena la musica lexos, sin dexar de representar.

MUSICA.

Ojos eran fugitivos
de un pardo escollo dos fuentes,
humedeciendo pestañas
de jazmines y claveles.

ADRIANO.

Ya cantan.

OCTAVIA.

Alli dos vultos
á la vista se conceden,
si no me engañan las ramas,
que duplican densamente
la obscuridad de la noche.
Pues no puede aqui haber gente,
serán él y su criado.

SIRENE.

Si las sombras no me mienten,
dos vultos con mas horror
la obscuridad lobreguecen.
El y el criado serán.

GELANOR.

Un vulto á nosotros viene.

MUSICA.

Cuyas lagrimas risueñas,
quexas repitiendo alegres,
entre conceptos de llanto,
y murmureos de corriente:
Llega Sirene á Adriano, y Octavia á Camilo.

SIRENE.

No he podido venir antes,
porque hoy con lo solemne
del triunfo, el dia festivo

hizo, que todas se empleen
en musicas hasta ahora.

ADRIANO.

¡Cielos, el acento es este
de Sirene! Muerto estoy.

CORBANTE.

¿Si te requiebra, que quieres?

MUSICA.

Lisonjas hacen undosas,
tantas al sol, quantas veces
memorias besan de Daphne
en sus amados laureles.

OCTAVIA.

¿Cómo es posible, señor,
que retardes tibiamente,
despues de ausencia tan larga,
á mi amor dicha tan breve,
como la que espera?

CAMILO.

¡Cielos,
esta voz no es de Sirene!

MUSICA.

Despreciando al fin la cumbre,
á la campaña se atreven,
adonde un marmol labrado
les penase las corrientes.

SIRENE.

¿No respondes?

OCTAVIA.

¿Ahun no hablas?

GELANOR.

Sino es, que yo acaso sueñe,
detras de Sirene un vulto
está. ¡Qué fuera, que fuese
Livia, y que teniendo aqui
yo, con quien entretenerme,
oyendo ajenas finezas,
hecho un bobo me estubiese!

MUSICA.

Sus cortinas abrochaba,
digo sus margenes breves
con un alamar de plata
una bien labrada puente.

CORBANTE.

Un vulto detras de Octavia
se distingue. Bien se infiere,
que será Flora. Yo quiero
ir á obligar sus desdenes,
porque estemos mano á mano
los amos y los sirvientes.

MUSICA.

Dichas las ondas pasaban
entre pyramides verdes,
que ser quieren obeliscos,
sin dexar de ser cipreses.

Encuentranse los dos tentandose las caras.

GELANOR.

Mas vive Dios, que esta Livia
carrillos de espinos tiene.

CORBANTE.

Vive Dios, que es esta Flora
afelpada de mofletes.

ADRIANO.

Porque no extrañe la voz,
no me atrevo, á responderle,
pues empezó, á declararse.

OCTAVIA.

¿No hablas?

SIRENE.

¿Ahora enmudeces?

LIVIA *cantando en voz entera.*

Guardate de Cupidillo,
teme, niña, sus rigores,
porque da palo de ciego,
y nunca, á quien, dan escoje.

FLORA *cantando.*

Cuidado, pastor,
no te engañe otra vez tu furor.
Cuidado con el cuidado,
que es peligroso ganado
la hermosura y el amor.
Cuidado, pastor.

SIRENE.

Aquellas voces me avisan,
que hay alguna, que se acerque
á este sitio. En tanto que *á Adriano.*
su sospecha desvanece
mi soledad, no te apartes
de aqui.

OCTAVIA.

Estas voces advierten,
que viene gente. Tú, en tanto
que por otra parte echen; *á Camilo.*
viendome sola, aqui oculto
espera, y no te me ausentes.

CAMILO.

Mudo estoy.

ADRIANO.

Absorto quedo.

GELANOR.

Por huir confusamente
el encuentro de aquel hombre,
perdí el tino.

CORBANTE.

Por meterme,
donde otro sopapo aquel
rostro herizo no me diese,
no sé, donde está mi amo.

Encuentranse las dos, trocandose.

OCTAVIA.

¿Sirene?

SIRENE.

¿Octavia?

GELAÑOR.

Esconderme
quiero, que dos ninfas hablan
aqui.

CORBANTE.

Aqui he de retraherme,
por si ya nos ha sentido
algun diablo, que resuelle.

OCTAVIA.

¡A estas horas y tan sola!
¿Donde ibas?

SIRENE.

A recojerme,
pues ya es hora. Esta sin duda *ap.*
es, de quien la voz me advierte,
que me guarde.

OCTAVIA.

Yo á lo mismo
me retiro, pues alegres
esas voces á mi oido
imanes fueron cadentes.
Esta sin duda venia, *ap.*
quando Flora diestramente

con la letra me avisó.

SIRENE.

¿Gustas, que contigo quede?

OCTAVIA.

No; que tambien me retiro.

SIRENE.

Pues á Dios.

OCTAVIA.

A Dios.

GELANOR.

No encuentren
conmigo, ya que estas ramas
en las tinieblas me envuelven.

MUSICA *desde lexos.*

Entre palmas, que zelosas
confunden los capiteles
de un edificio, á pesar
de los arboles lucientes:

SIRENE.

Parece, que ya se fue
Octavia, puesto que vuelven
á la misma letra.

OCTAVIA.

Ya,
que se retiró, parece
Sirene, pues otra vez
hace, que la letra empieze.

Llega Sirene á Camilo, y Octavia á Adriano.

SIRENE.

Alli está el vulto. El será.

OCTAVIA.

El será, el que dexa verse.

MUSICA.

Christales son vagarosos
estos bellos muros, de este
galan Narciso de piedra,
desvanecido, sin verse.

ADRIANO.

Yo he de hablarla, porque sepa,
que sé de sus esquiveces
la ocasion.

CAMILO.

Hablarla quiero,
pues no podrá conocerme.

ADRIANO.

Mal, Sirene hermosa, sabes,
que no te escucha, quien crees.

CAMILO.

Mal sabes, divina Octavia,
quan otro es, el que te atiende.

OCTAVIA.

¡Con Sirene habla! Ah traydor.

SIRENE.

¡Con Octavia habla! Oh aleve,

MUSICA.

Y con razon, que es alcazar
de la divina Sirene:
arco fatal de las fieras,
harpon dulce de las gentes.

CAMILO.

Porque si yo:::

SIRENE.

Sella el labio:::

ADRIANO.

Que si yo:::

OCTAVIA.

La voz suspende::

SIRENE.

Falso, que no soy Octavia.

OCTAVIA.

Traydor, que no soy Sirene.

CAMILO.

¡Qué mudanza es esta, cielos!

ADRIANO.

¡Deydades, qué engaño és este!

MUSICA.

Armado el hombro de plumas,
Cinthia, por las que suspende
Cupido, por las que bate
en el ámbito de Betis.

GELANOR.

Vuelvo, á buscar á mi amo.

CORBANTE.

Buscar á mi amo, resuelve
mi miedo.

GELANOR.

Alli está.

CORBANTE.

Alli está.

SIRENE.

¡De suerte, ingrato, de suerte,
que con Octavia has hablado!

OCTAVIA.

¡De modo, que te diviertes
con Sirene el breve rato,
que me ausento á ver, quien viene!

Llega Corbante á Camilo, y Gelanor á Adriano.

CAMILO.

Yo::

ADRIANO.

Si yo:::

CORBANTE.

Gracias á Dios;
que ya pensaba perderme,
si no te encuentro.

GELANOR.

A Dios gracias,
que antes, que otro diablo tiente,

encontrar pude contigo.

CAMILO.

¿Quién eres, hombre?

ADRIANO.

¿Quién eres?

CORBANTE.

Ay Dios; que este no es mi amo.

GELANOR.

Ay Dios; que mi amo no es este.

CAMILO.

¿No respondes?

ADRIANO.

¿No respondes?

GELANOR.

¿Y sabe usted, si se atreven?

MUSICA.

Un dia pues, que pisando
inclemencias del Diciembre,
treguas hizo su cothurno
entre la nieve y la nieve.

Sacan las espadas.

CAMILO.

Muere á mi furor.

SIRENE.

Aguarda.

ADRIANO.

Muere á mis filos.

OCTAVIA.

Detente.

CAMILO.

Yo he de saber, quien profana
el sagrado de este albergue.

ADRIANO.

Yo he de saber, quien ha entrado
al coto de estos vergeles.

CAMILO.

Mas ya diviso mas vultos.

ADRIANO.

Más vultos alli se ofrecen.

SIRENE.

¡Muerta estoy!

OCTAVIA.

¡Sin mí he quedado!

GELANOR.

¡Quién escaparse pudiese!

MUSICA.

Sagaz el hijo de Venus,
atrevido como siempre,
una piel le vistió al viento,
que ahun las montañas le temen.

CAMILO.

Diga quien, es.

ADRIANO.

Quién es, diga.

CAMILO.

Antes lo dirá tu muerte. *riñen.*

ADRIANO.

Tu muerte dirá tu nombre.

LAS DOS.

¡Divinos cielos, valedme!

GELANOR.

Saco la espada; que van
dando.

CORBANTE.

Por si acaso dieren,
espada en mano.

SIRENE.

Yo intento
llamar. ¿Livia? ¿Flora? ¿Irene? *golpes.*

LICINIO *dentro por un lado.*

Llamad y romped, soldados,
las puertas, si no os abrieren. *golpes.*

LIDORO *dentro por otro.*

Romped las puertas, y nada
vuestros furores reserven.

MUSICA.

Corcillo, no de las selvas,
sino del viento mas leve
hijo veloz, de su aljaba,
quatro ó seis flechas desmiente.

CAMILO.

Que con su vida no acabe!

ADRIANO.

¡Qué con su muerte no empiece!

GELANOR.

¡Qué yo no haya muerto al ayre
con mis tajos y reveses!

LICINIO.

Entrad, soldados.

LIDORO.

Amigos,
entrad. *golpes.*

OCTAVIA.

¿Flora?

CORBANTE.

¡Que no dexen
de cantar con esta bulla
estos diablos de mujeres!

MUSICA.

Siguelo, y en vez de quantos
á los campos mas recientes
blancas huellas les negó,
blancos lirios les concede.

Salen por los lados con hachas Licinio, Lidoro y soldados.

LIDORO.

Este es, amigos: guardadle.

LICINIO.

Soldados, este es: prendedle.

CAMILO Y ADRIANO.

¿Qué es esto?

LICINIO.

Del Cesar orden
tengo, para que te lleve,
Camilo, preso á su vista.
Te he buscado diligente
en toda Roma, y sabiendo
de cierto, que aqui estubieses,
por declaracion de algunos
criados, tus confidentes,
por la puerta, que á Palacio
el jardin del Templo tiene,
entré, buscandote.

LIDORO.

A tiempo
que haciendo, que yo recele,
viendo, que armado te buscan,
algun grave inconveniente,
juntando en confusas tropas
tus amigos y parientes,
como quien sabe, que aqui
estabas, á defenderte,
entré.

LICINIO.

No harás, porque yo
le he de llevar.

LIDORO.

No te empeñes
en eso; que no podrás,
lograrlo tan facilmente.

SIRENE.

¡Cielos, qué pena!

OCTAVIA.

¡Qué angustia!

ADRIANO.

¡Qué confusion!

CAMILO.

¡Lance fuerte!
Pero, á declararse, ahun
mi valor no se resuelve,
hasta ver la gente junta;
y en interin es bien, pruebe,
á dar tiempo al tiempo, pues
si Trajano pretendiere,
darme muerte, no es tan facil,
que á juntarse antes no lleguen
mis parciales, porque entonces
con mejor pretexto honeste
mi ambicion. Suspended todos
las armas; que dar, pretende
mi valor un medio, y es,
ir á ver, lo que me quiere
Trajano, y que mis parciales
conmigo á su vista entren,

á ver, que me manda.

LICINIO.

Como
yo á su dominio te entregue,
no tengo orden especial,
contra los que te siguieren.

LIDORO.

Como todos te sigamos,
vengo en ello.

CAMILO.

Hados crueles,
conceded á mi fortuna
ó la corona ó la muerte. *vase.*

ADRIANO.

Astros, dexad, que le sobre
vida; para que me vengue. *vase.*

OCTAVIA.

Zelos, ya de la memoria
sois ensortijadas sierpes. *vase.*

SIRENE.

Fortuna, suspende el golpe,
á quien del amago muere. *vase.*

GELANOR.

Haz, Baco, que no me ahorquen,
si todo se descubriere,
que ahunque soy racimo tuyo,
no es tiempo, de que me cuelguen.



JORNADA SEGUNDA.



Descubrese el Senado Romano, y en un trono Trajano con laurel, cetro y manto imperial, y salen por un lado Licinio, Adriano, Corbante, y por otro Camilo, Lidoro y Gelanor con Soldados, y todas las damas por medio.

VOCES.

Viva la lealtad, y viva
Trajano, Cesar invicto.

LIVIA.

Pues á todos han llamado
con tan públicos edictos,
á ver una novedad
á Senado abierto, y vimos,
que nuestras amas, pasando
de los jardines floridos
del Templo, al Palacio vienen,
bien sin objecion venimos,
Flora.

FLORA.

Y, si acaso la hubiere,
de aqui no han de despedirnos;
que no es el Censor portero
del Senado.

LIVIA.

Bien has dicho.

TODOS.

Viva la lealtad, y viva, &c.

LICINIO.

Ya, señor, Camilo está
aqui.

CAMILO.

A tus plantas rendido,
de mi vida solamente
á tu poder sacrificio
haré: no de mi lealtad,
porque no puede ser mio
el honor de mis mayores,
para perderle al abitrio
de alguna sospecha, (bien, *ap.*
hasta asegurarme, finjo)
quando ahun quiero, lo heredado
exceder con lo adquirido.

ADRIANO.

¡Rara novedad!

LICINIO.

¡Extraño

caso!

LIDORO.

Pendiente del juicio
del Cesar estoy. Fortuna,
suspende lo executivo,
porque ahun me asusto en la ideá
de la sombra del cuchillo,
y para herirme en él, tengo
la imaginacion con filos.

TRAJANO.

Gran Metropoli del Orbe,
Senado y Padres Conscriptos,
oráculos del Estado,
en cuyo recto equilibrio,
desde que fueron discursos,
son aciertos los designios,
tan sin errores pensados,
que parecen corregidos:
Nobleza ilustre de Roma,
fuerte Milicia, en quien miro
el duro freno de un mundo,
cuya débil rienda rijo,
pues él ó yo la rompemos,
si la aflojo ó la reprimo:
con los mismos conjurados
Camilo está convencido
de la lesa majestad
de la Patria y de mi mismo;

pues, parricida dos veces,
no solo conspiró altivo,
á darme muerte, sino
á ahogar desvanecido
vuestra libertad, ciñendo
en premio del homicidio
la corona. ¡Ved, que fines
anuncian tales principios!
¿Os parece, que es por esto
digno del mayor castigo,
que mi poder puede darle?

CLEANTES.

Ninguno será excesivo
á traycion tan declarada.

TODOS.

Todos lo mismo decimos.

CAMILO.

Hoy muero.

GELANOR.

Hoy han de colgarme,
á ser viviente racimo;
que estaré, como ahun soy verde,
muy bueno para invernizo.

LIDORO.

¡Pobre Camilo!

OCTAVIA.

¡Infelice
joven!

LIDORO.

Sin alma respiro.
¡Qué antes de tiempo volamos,
la mina, que dispusimos!

SIRENE.

¡Oh cómo está en mi semblante
todo mi asombro esculpido,
y en los colores, que pierdo,
doy vulto, á lo que imagino!

TRAJANO.

Pues, si yo he de castigarle,
asi podré conseguirlo.
Levanta desde mis plantas
hasta mis brazos, Camilo;
que yo por mi dignidad
á las tuyas no me rindo.
Por mí y por todo el Senado,
gustoso y agradecido,
de que, siendo el de Monarca
un tan penoso exercicio,
una fatiga tan grande
y un trabajo tan continuo,
que no hay en algun mortal
fuerzas, para resistirlo,
si ya á tanto ministerio
no da el cielo grande auxîlio:
te convides tu á un afan
tal de tu propio motivo.

La sabia naturaleza,
próvida en sus individuos,
á los males mas acerbos
puso algun dulce atractivo,
con que persuade, á buscarlos,
á los que deben huirlos,
porque no falte en sus obras,
quien exerza sus oficios.
Asi el afan de reynar
disimular sábia quiso,
dando á la humana soberbia
el ambicioso incentivo
del poder, grandeza, fausto,
majestad y señorio,
debaxo de cuyo velo
ostentoso está escondido
de la vida de los hombres
el gusano mas nocivo,
que con sordo oculto diente
muerde, á quien le ha producido.
Bien, cansado del imperio,
Septímo Severo dixo,
que, si supiesen los hombres,
qué zozobras, qué peligros,
qué penas, qué sobresaltos,
qué pesares, qué martyrios
trahe consigo la corona,
ninguno desvanecido,

ahunque la viera en el suelo,
la alzára, porque remiso
temiera, quanta asechanza
deslumbra el oro en sus visos.
¡Pues qué gracias el Senado
debe rendir á tu brio,
de ofrecerte voluntario
á lo que tube entendido
yo, que ninguno aceptase,
ahun quando fuese preciso!
¡Y en qué obligacion debieras
ponerme á mí, pues benigno
me sacas de una tarea,
en cuya fatiga gimo;
á no ser con el cruel
medio, de haber pretendido
darme muerte! ¡Pues tan poco
llega á fiar tu capricho
de mi experiencia, que temes
que aspire, quedando vivo,
á entrarme otra vez al riesgo,
si de él hubiese salido!
Ay Camilo, poco sabes,
quanto deseo, ser mio;
que soy de todos por fuerza,
y, en quanto á reynar, me aplico,
teniendo dominio en tantos,
en mí no tengo dominio.

Mi ofensa particular
perdono, por lo que estimo
la paz de esta Monarquia,
en cuyo nombre te admito
al afan, á que te ofreces.
Sube á este trono conmigo,
donde Augusto te saluden
todos á este fin unidos,
Senado, Milicia y Plebe.

SENADOR I.

¡Pues cómo, á quien te ha ofendido,
premias asi; y cómo eliges
Cesar por tu decisivo
voto, sin consulta nuestra!

CLEANTES.

Como al Cesar permitido
es, nombrar succesor suyo,
(bien sus intentos dirijo)
ó coadjutor del Imperio,
con quien tenga dividido
el poder.

SENADOR 2.

Mas no está usado
sin aquel solemne estilo
de la adopcion.

CLEANTES.

Eso fuera
para sucesor preciso,

mas no para compañero,
que ha de elegirle á su arbitrio.

ADRIANO.

Discordes están los Padres;
y supuesto que yo he sido
para Cesar succesor
adoptado por mi tio,
de mi exército tampoco
han de querer consentirlo
las legiones.

LIDORO.

Los soldados
Pretorianos lo pedimos,
y sabremos defenderlo,
muriendo.

TODOS.

Viva Camilo.

TRAJANO.

No en vano temí estas fuerzas. *ap.*

GELANOR.

Brava gresca se ha movido.

SIRENE.

De todas suertes le pierdo, *ap.*
ó exâltado ó convencido.

OCTAVIA.

¡Qué confusion!

LIDORO.

¡Qué desdicha!

LIVIA.

¡Qué traycion!

FLORA.

¡Qué desatino!

CAMILO.

Mis parciales se desmandan, *ap.*
y Trajano me ha temido.
Halentemos, corazon.

SENADOR 2.

Si el Imperio dividimos,
su poder enflaquecemos;
y pues la union es principio
de todas las duraciones,
¿cómo hemos de persuadirnos,
á que haya paz en un cuerpo
mandado de dos arbitrios,
de dos impulsos guiado
y hácia dos partes movido?

TRAJANO.

No me replique ninguno;
y estad, Adriano, advertido,
que el Imperio ha de buscaros,
para que hayais de admitirlo;
y, que á vos, para ser Cesar,
os sobra, el ser mi sobrino.
Y vosotros ¡cómo ingratos,
torpes y desvanecidos,
tan mal sabeis estimar,

el que en el mundo haya habido,
quien, juzgando, que á mandaros,
se convidase, á serviros?
Camilo se atreve á tanto.
¿Qué perdeis en consentirlo?
Si acaso no os sale en vano,
¿no es el imperio electivo?
¿Quien hoy admitirlo puede,
por qué no podrá excluirlo?

CAMILO.

Mucho disimula.

UNOS.

Viva
Trajano.

OTROS.

Viva Camilo.

TRAJANO.

Los dos vivirán, Romanos.
Yo por vuestro bien me animo,
á no dexar el Imperio,
ni esconderme en mi retiro
en quince dias, que en ellos
informarle solícito
de los públicos negocios,
siendo tan solo un ministro,
que del gobierno le instruya;
porque atento mi cariño,
ni ahun el tiempo, que él lo ignora,

quiere, que esteis mal regidos.
Por la parte del Senado
hará Cleantes lo mismo;
y dexandole industriado,
doctrinado y prevenido,
me retiraré al descanso,
de que tanto necesito:
dandoos mi palabra á todos,
que, si en qualquiera conflicto
me volviereis á buscar,
me hallareis siempre al servicio
de la República atento,
constante, leal y fino,
ahunque sea para el Imperio,
á quien tanto he aborrecido.

TODOS.

Esa palabra aceptamos,
y en fe de ella le admitimos
á Camilo.

SENADOR I.

Sí; mas sea
debaxo del expresivo
pacto, de que es compañero
tuyo, como lo han tenido
otros Cesares Romanos;
pero no te permitimos,
que renuncies el Imperio.

TRAJANO.

Eso el tiempo ha de decirlo.

SENADOR 2.

Y hasta ver, como le industrias,
el jurarle, diferimos.

TRAJANO.

Sientate á mi lado, joven.

Sube Camilo al trono.

CAMILO.

Dioses, por mejor camino *ap.*
me habeis enviado el laurel.
¡Oh cómo ofreceis propicios
á los hombres ahun mas dichas,
que saben ellos pediros,
si, ahunque es inmenso el deseo,
es el poder infinito!
A tus plantas, no á tu lado,
estoy.

ADRIANO.

Sin alma respiro.
¡Cesar mi enemigo, cielos!

GELANOR.

De contento salto y brinco.
Mas no; que esta accion es contra
la autoridad de un valido.

SIRENE.

Cielos, ya con la distancia,
á mi amor se le ha perdido

Camilo de vista. Hoy muero.

OCTAVIA.

Por Adriano lo he sentido;
que en su semblante, que leo,
mil tragedias adivino.

ADRIANO.

¡Este el castigo es, señor,
que todos á ver, venimos,
y á que nos convidas!

TRAJANO.

Sí,
y el tiempo vendrá á deciros,
si á su atrevimiento puede
dar mi poder mas castigo.

Ponele manto y laurel.

Toma la púrpura roxa,
que bañó el Murice Tyrio;
y el verde círculo enlace
tus sienes. Ya has conseguido
el Imperio. Conservarlo,
es mas ciencia, que adquirirlo.
Saludadle todos Cesar
con fiestas y regocijos.

TODOS.

Trajano y Camilo vivan
Cesares de Roma invictos.

CAMILO.

Ahun no es este aplauso entera *ap.*

lisonja de mis oidos,
hasta que me aclamen solo.
Mas yo lograré el designio.
Oh ambicion de los mortales,
¡quien descansará contigo!
Si ahun no logro, lo que adquiero,
quando á nueva empresa aspiro,
inquieto, en lo que deseo,
no gozo, lo que consigo. *levantase.*

TRAJANO.

Acompañadle á su quarto,
que es el imperial, amigos;
que yo me estrecharé al otro,
que está al templo mas vecino;
y de esta funcion por hoy
quede el acto concluido.

LICINIO.

¡Raro valor!

SENADOR I.

¡Gran constancia!

SIRENE.

Muerta voy.

ADRIANO.

Sin alma animo.

OCTAVIA.

¡Ay Adriano, quien pudiera *ap.*
consolarte!

CAMILO.

Ay dueño mio,
nada mi valor consigue, *ap.*
si á tus plantas no lo rindo.

LIDORO.

Bien se ha dispuesto. Soldados,
decid en ecos festivos:

EL Y TODOS.

Trajano y Camilo vivan,
Cesares de Roma invictos.

Vanse todos acompañando á Camilo, y quedan Trajano, Adriano y Cleantes, ocultandose el trono.

ADRIANO.

No me pesa, invicto Cesar,
de que por tí haya perdido
la succesion del imperio,
ni el verme destituido
de una esperanza, á que fueron
acreedores mis servicios.
No siento, ver en el trono
exâltado mi enemigo,
ni mirar de mis victorias
los triunfos obscurecidos,
dando tu descuido en ellos
jurisdiccion al olbido.
No el ver, que á particular

pasa el mas esclarecido
Emperador, que hasta hoy
han venerado los siglos,
y en quien el Romano imperio
mayor poder ha tenido,
que en los anteriores: pues
no hay en el Orbe distrito,
que si llegó á tu noticia,
no llegase á tu dominio.
No siento todo esto tanto,
(segunda vez lo repito)
como el ver, que hayas manchado
tu noble blason antiguo
de justiciero, Trajano.
¡A un tyrano tan impio,
por tan gran delito premias
con honor no merecido!
¡Dónde tu justicia está!
¡Faltaba á mi orgullo brio,
para oponerse á sus armas!
En dar en vez de castigo
premio á la traycion, Trajano,
si es proverbio tan sabido,
que mil delitos persuade,
el que consiente un delito,
advierte, los que hoy has hecho;
pues, para haber infinitos,
¡qué persuadirá, el premiarlos,

quando basta, el consentirlos!
Mas delinqüente que el reo
es el Juez, que ha permitido
un crimen; que el reo solo
comete aquel; y averiguo,
que el Juez comete en él, quantos
á otros ha persuadido;
que es gran incentivo de ellos,
el saber, que no hay suplicio.

TRAJANO.

Bien discretamente, Adriano,
mi zelo has reprehendido,
llevado de tu pasion:
pero ignoras los motivos;
y asi en el discurso yerras,
como yerran presumidos,
quantos á los Soberanos
residenciar han querido
las acciones, ignorando
la razon de sus designios.
Si yo castigar quisiese
traycion, en que comprehendidos
son tantos, regára á Roma
de muchos infaustos rios
de civil sangre; entre cuyos
raudales enfurecidos
suele ahogarse el vencedor,
quando fallece el vencido;

que en tumultos, donde ayrado
lidia el padre con el hijo,
ahunque el que pierda, padezca,
queda, el que gana, perdido.
Camilo es hijo de un hombre,
que fue mi mayor amigo,
y verter su sangre, ahun muerto,
le acusára á mi cariño.
Demas de eso, ¿quién quitára,
que despues, que vengativo
á Camilo castigáse,
intentase otro lo mismo;
que vasallos, que una vez
se rebelaron altivos,
ya no pueden ser seguros,
si ahun á costa del castigo,
para la segunda vez,
con errarlo han aprendido?
Fia de mis experiencias,
que serás restituido
á mi herencia por el mas
extraño y nuevo camino,
que en fabulas ó en historias
ya esté inventado y ya visto;
para cuyo gran suceso
á todo el orbe convido.
Acude, á esforzar, Cleantes,
el intento, que te he dicho.

Espera, Adriano, de mí,
que cumpla lo prometido;
é id escuchando del tiempo,
todo lo que yo no os digo.

Vase Trajano

CLEANTES.

A cumplir en su asistencia
voy con todos tus avisos. *vase.*

ADRIANO.

Mal quieres, con lo que espero,
consolarme, en lo que miro.
¡Pero, que poco sintiera
mi amoroso desvario,
perder todo lo estimable,
todo lo ostentoso y rico
del Imperio, si á Sirene
no hubiera con él perdido! *vase.*

Sale Camilo.

CAMILO.

Solo todos me han dexado,
y el Imperio conseguido,
no me parece adquirido
tanto, como imaginado.
Lo que tanto he deseado,
acá en la presuncion mia
no llena mi fantasia;
ó es, que llegando á esta alteza,
á vista de mi grandeza

se mesura mi alegria.
Juzgaba yo en mi ambicion,
que, al ser Monarca triunfante,
se derramase al semblante
el gusto del corazon.
Ya estoy en la posesion,
y al ver, que no me ha inmutado
el contento en sumo grado,
con un recelo penoso
se asusta lo poderoso
de lo poco alborozado.
Las dichas en fin, que alcanza
la mas sediente ambicion,
no son en la posesion
tanto, como en la esperanza;
porque en desigual balanza,
de cerca, quando poseo,
en el bien ocultas veo
algunas penas esquivas,
que en lexos y perspectivas
me deslumbraba el deseo.
Las dichas con perfecciones
juzga la imaginacion,
y luego la posesion
las encuentra con pensiones.
En estas contradicciones
á anhelar de nuevo, empieza
el deseo, cuya alteza

tan perfectas las fingia,
quanto es mas la fantasia,
que la gran naturaleza.

Sale Gelanor.

GELANOR.

Deme vuestra Majestad
las plantas.

CAMILO.

¡Oh Gelanor!

GELANOR.

Y, si erráre, gran señor,
el estilo, perdonad,
y á mi rudeza le dad,
lo que un criado pedia
á un Título nuevo un dia,
para que no le riñese,

CAMILO.

¿Qué era?

GELANOR.

que un mes le supliese
de erratas de Señoria.
Hame costado el entrar
mucho golpe y mas temor;
porque tu guardia, señor,
de mí te quiere guardar;
y una nueva te he de dar
de Sirene.

CAMILO.

Ay dueño hermoso.
¿No está alegre, de que ayroso
pueda mi amor sin segundo,
ponerle por trono el mundo,
quando llegue, á ser su esposo?

GELANOR.

Con Livia estube corrido,
ahunque algo sério el semblante;
que desmesura lo amante
un poco de lo valido.
De ella, señor he sabido,
que afligida está y llorosa,
ahunque de tu bien gustosa,
y que ya olbidarte quiere;
pues de la distancia infiere,
que no puede ser tu esposa.

Sale Lidoro.

LIDORO.

Eso diré yo mejor,
como quien de verla viene.
Asegurarla, conviene,
de lo firme de tu amor,
porque dice, que es error,
ser de su dueño servida.

CAMILO.

Ya que la grandeza impida,
ir yo, á asegurarla fiel,

llevale tu este papel,
que la dexe persuadida.
Aguarda, le escribiré.

Al ir á escribir, sale Cleantes.

CLEANTES.

Trajano, señor, á vos
espera, porque los dos
salgais á audiencia.

CAMILO.

Ya iré.

CLEANTES.

Eso decir no podré,
porque él está ya sentado,
y la hora de audiencia ha dado.

CAMILO.

¿No esperarán?

CLEANTES.

Es error;
que para esto, gran Señor,
os tiene el Pueblo pagado;
y un buen Monarca, es en vano,
que, servirle mal, intente,
cobrando él puntualmente
los tributos de su mano.
A todas horas Trajano
pronto estaba, á despachar.
¡Pues como dareis lugar,
á que diga la malicia,

que el tiempo de la justicia
os le gasta este juglar!
Quien al Principe ha ocupado
mal, á todos ha ofendido;
que aquel tiempo, que ha perdido,
al bien publico le ha hurtado.
Ved, si debe castigado
ser, quien á todos robó,
y de las horas, que hurtó
restitucion no ha de hacer,
pues nadie puede volver
aquel tiempo, que pasó.

CAMILO.

Bien dices, Consul. Yo iré,
y de vos quedo advertido.
Leal el reparo ha sido;
á dar audiencia, saldré.
Gelanor, ya volveré,
pues yo despacharte fio.
Yo he perdido el albedrio,
quando ser libre prevengo, *ap.*
pues ahun el tiempo, que tengo,
es de todos y no es mio. *vanse.*

GELANOR.

Bien el viejo ha predicado
de Philosopho podrido,
que quiere por lo atrevido
hacerse mas celebrado;

y, ahunque juglar me ha llamado,
miente su vejez podrida;
que yo no jugué en mi vida.
¡A un valido tal baxeza!
¡Pero quando la grandeza
no fue de estos ofendida!

LIDORO.

No debo pensar en vano,
que oculte algun falso estilo
esta instruccion, que á Camilo
afecta darle Trajano.
Ahun hay fuerzas en su mano,
si pretende, con violencia
arrojarle. La experiencia
lo ha de decir.

GELANOR.

¿Dónde vamos?

LIDORO.

Oye y calla; que ya estamos
en la sala de la audiencia.

Descubrense sentados en un trono Camilo, y Trajano, y van saliendo los pretendientes.

UN MUSICO.

Yo, gran señor, te serví
antes, que hubieses llegado
al Imperio, habiendo sido
musico tuyo dos años,

sin que me dieses sino
esperanzas; y, pues tanto
te han ensalzado los Dioses,
alguna merced aguardo.

CAMILO.

Yo me acordaré de vos.

TRAJANO.

No ha lugar, pues ya pagado
estais, de lo que servisteis.

MUSICO.

Yo, señor, no he visto un quarto.

TRAJANO.

Si vos con la voz servisteis,
y la voz, si lo reparo,
es tan solo en el acento
dulzura del ayre vago,
y él esperanzas os dió,
nada os debe, pues es llano,
que tanto á vuestros oídos
su esperanza ha deleytado,
como á él vuestra voz; y asi
pagados estais entrambos,
pues tambien es ayre dulce
la esperanza y el aplauso.
¡En musicos gastaremos
lo que el pueblo nos ha dado!

Vase el Musico.

GELANOR.

Oh viejo, gran marrullero,
como dicen los muchachos;
no te diera yo en mi vida
mas musicas sino cantos.

Sale un Alquimista.

ALQUIMISTA.

Yo, señor, soy Alquimista,
y hoy á tus plantas consagro
este libro.

CAMILO.

¿Y qué es su asunto?

ALQUIMISTA.

Un secreto extraordinario
para hacer de qualquier cosa
el oro mas acendrado.

CAMILO.

Mucho importará al Imperio;
que si este arbitrio se ha hallado,
jamás pueden faltar medios.
Denle veinte mil ducados
por la obra.

ALQUIMISTA.

Siglos vivas.

TRAJANO.

Aguardad; que es escusado.
Denle un bolsillo vacío;
que solo con él le pago.

ALQUIMISTA.

¡Con un bolsillo vacío!

TRAJANO.

Y es un dón muy acertado,
porque, á quien sabe hacer oro,
darle dinero, es en vano;
y pues lo tiene de suyo,
mejor es, darle, en que echarlo.

ALQUIMISTA.

Corrido estoy.

GELANOR.

Alquimista,
usted vá bien despachado,
porque, si ha de hacerlos oro,
lo mismo es, darle guijarros.

Vase el Alquimista.

TRAJANO.

Si supiera él hacer oro,
no estubiera en tal estado.

Sale una mujer.

MUJER.

Señor, mi esposo está ausente,
y en una muerte culpado,
por quien anda fugitivo,
y yo sola y triste paso,
para sustentar mis hijos,

sin su alivio y sin su amparo,
mil desdichas. A tus plantas:::

CAMILO.

¿Qué pretendeis?

MUJER.

Indultarlo;
pues no hay parte, que se quexe,
y por el perdon me allano,
á haceros un donativo.

CAMILO.

Piadoso parece el caso,
y yo vengo, en que se indulte.

TRAJANO.

Yo no; que no es acertado,
dar licencia á los delitos,
con hacerlos tan baratos,
ni que al Principe se pague
la clemencia, en perdonarlos.
Qualquiera crimen sin parte
bien puede el Rey olbidarlo;
pero el de una muerte no:
pues demás de ser tirano,
quien á otro quita la vida,
el Principe interesado
es en el castigo; pues
le usurpa lo soberano,
quien se hace absoluto dueño
de la vida del vasallo,

cuyo dominio fue solo
á Dios y al Rey reservado.
Porque sus vidas, y haciendas
conservémos desvelados,
nos pagan tantos tributos;
y sin razon los cobramos,
si á homicidas y ladrones
perdonáramos aváros;
y los subditos entonces
se tendrán por engañados,
si en los indultos vendémos
la licencia, de matarlos.
No ha lugar.

Vase la mujer.

CAMILO.

Absorto estoy,
de lo que voy ignorando.

Sale un Hombre.

HOMBRE.

Porque hablaba mal del Cesar,
habiendome averiguado
mil sátiras y libelos,
que contra el Gobierno saco,
despues de preso, el Prefecto
de Roma me ha desterrado.
Salí, dando fiador,

de cumplir á cierto plazo
mi destierro ; y viendo , que
el dia , que has declarado
Cesar á Camilo, es fuerza,
hacer gracias , apelando
á tu clemencia , te pido
moderes:::

CAMILO.

No mas. Llevadlo
al punto de mi presencia,
que no solo confirmado,
vil mordáz , por mi decreto
queda del Prefecto el auto:
pero, pena de la vida,
que salgas al punto, mando,
de los terminos remotos
del gran Imperio Romano,
pues en sátiras baldonas
los aciertos del Senado;
y se atreve tu vil lengua
al decoro de Trajano.

TRAJANO.

Detente. ¡Qué haces , Camilo!
En vez de honor es agravio
mio tu sentencia. Este hombre
ha de quedar perdonado.

CAMILO.

¿Por qué?

TRAJANO.

¿Si tanto mal dice
de mí aqui, quieres incauto,
que tambien, si le destierras,
lo diga entre los extraños?
No me infame en las Provincias,
pues ya en Roma me ha infamado;
que aqui ya saben, que miente,
y podrán allá dudarlo.
Sabe, que en los enemigos
hay provecho, ahunque haya daño;
porque en su censura vemos
nuestros defectos tan claros,
que mas que por los amigos,
por ellos nos emendamos:
y para ver nuestros yerros,
es menester conservarlos,
si son tales, que remiten
todo el rencor á los labios.
Libre vas.

HOMBRE.

Tus plantas beso.

GELANOR.

Usted tiene harto trabajo,
en hacer sátiras, puesto
que despues de muy cansado,
quando mas se las celebren,
se ha de esconder del aplauso,

cosa, que ningun Poeta
por ningun premio ha trocado.

Vase el hombre.

CAMILO.

En nada acierto con todos
mis estudios. ¡Cielos santos,
qué distancia en el gobierno
hay, de exercerlo á estudiarlo!

TRAJANO.

¿Hay mas, á quien oír?

CLEANTES.

Estos
memoriales, que me han dado,
y estas consultas.

TRAJANO.

El Cesar
los despachará en su quarto.

CAMILO.

¡Confuso voy!

Levantase.

TRAJANO.

Ahora faltan
cosas de guerra y estado;
que esto es domestico, y es
lo mas vulgar del despacho.
No sale mal la experiencia. *ap.*

CLEANTES.

Dirija el cielo tus pasos.

TRAJANO.

Camilo, lo que conviene,
que adquieras, quando enterado
estés de todo el manejo,
es el expediente sabio,
de resolver brevemente;
pues aquel, á quien negamos
su pretension, gana al menos
el tiempo, que no ha esperado.

CAMILO.

De todo quedo advertido,
si puedo imitarte.

TRAJANO.

Vamos.

Vanse todos con Trajano, quedando con Camilo, Lidoro y Gelanor.

CAMILO.

¡Qué sabio me imaginaba
para esto entre mí, culpando
á Trajano en su gobierno,
presumiendo remediarlo
todo, quando del Imperio
las riendas viese en mi mano:
y qué torpe me hallo ahora,
de cuya experiencia saco,

quán facil es censurar,
ahun con poca ciencia; y quánto
el emendar, es dificil,
lo mismo, que censuramos!
Y es, que solo á los errores
está atento, quien culparlos
quiere, sin que los aciertos
le deban algun reparo;
y en lo que otro se descuida,
pone él todo su cuidado.
Si hoy sin Trajano me halláse,
¡qué motivo hubiera dado
mi poca práctica á todos
de censura! ¡Oh cómo es claro,
que no es ciencia, que se estudia,
la del reynar, y que sabio
el cielo, á quien dá los Reynos,
dá industria, para mandarlos!
A la memoria me ocurre,
quán bien dixo Agesilao,
Rey de los Lacedemonios,
que habiendole motejado
el no admitir por Maestro
cierto Filósofo anciano,
respondió, que los Monarcas
no deben ser doctrinados
de sabios, sino de Reyes;
que en las materias de estado

discipulos de sus padres
han de ser los Soberanos.
Mucho importa, que algun tiempo
esté el Cesar á mi lado,
pues sin ambicion le véo;
como pueda mi recato
asegurarse en su vida
de la pretension de Adriano.
¡Qué haré!

LIDORO.

Llega, pues el Cesar
tan suspenso se ha quedado,
y acuerdale del papel.

GELANOR.

Tambien estoy yo pensando;
porque, como el poder hincha,
me dá la grandeza flatos.
¿Señor, y el papel?

CAMILO.

Espera;
que, pues este breve rato,
ya despachada la audiencia
me dexan desocupado,
mejor será, que del Templo
á los jardines salgamos,
como los Cesares suelen,
donde asegurarla aguardo
de mi amor.

GELANOR.

No solo tú
puedes en ellos de espacio
entrar, siendo Cesar: pero
ahun quando eras Cortesano;
que como están estas Ninfas
reclusas en sus sagrados,
solo á fin de buscar novios,
están aqui tolerados
los corteses galantéos.

LIDORO.

Si los dos no lo ignoramos,
¿á quién lo previenes, necio?

GELANOR.

No es el prevenirlo malo,
que de la clausura rota
habrá algunos Avogados,
que allá en sus ocultos juicios
nos estén ya excomulgando.

LIDORO.

Esta es la puerta.

CAMILO.

Ay amor,
mal en mi ambicion descanso,
si en el Imperio, y en tí
se me añaden sobresaltos.

Vanse, y salen Sirene y Livia.

LIVIA.

Necia es tu pena, señora,
y tu dolor sin segundo;
¿pues qué mujer en el mundo
dichas de su amante llora,
quando el dudar es forzoso,
que pueda en tal tiempo haber
dama, que llore, por ver
á su galan poderoso?

SIRENE.

Si llora mi voluntad,
es, porque vé mi dolor,
que no puede haber amor,
adonde no hay igualdad.
Era Camilo mi igual;
la fortuna le elevó,
y todo el bien, que le dió,
se me ha convertido en mal.
Mira, quál es el desdén
de mi desdicha fatal,
pues se me convierte en mal
el bien, de quien quiero bien.
Y es bien, que mi pena arguya,
que será discurso vano
casar un Cesar Romano
con una vasalla suya.

desde un extremo á otro extremo.
Ahier erais vos Camilo,
y hoy soys Cesar ;y si fueron
finos ahier mis cuidados,
de ellos apenas me acuerdo:
porque, si pienso, que os quise,
me está el honor desmintiendo,
pues os quise como á esposo,
y ya es imposible, serlo.
¡Con qué dolor lo pronuncio!
¡Y con qué veras lo creo!
Ya es otro tiempo, señor.

CAMILO.

¿Pues hay para mí otro tiempo,
que el de adorarte? Ay Sirene,
mal sabes, que fue mi intento,
deshojar entre tus plantas
el laurél del Universo.
¡Que es otro tiempo, pronuncias!
¡Quando:::!

Sale Cleantes.

CLEANTES.

A buena ocasion llego, *ap.*
para lo que voy trazando.
Hora es, de que despachemos,
señor, aquellas consultas.

CAMILO.

¡Valgame amor! ¡Que ahun no tengo
tiempo, de satisfacerla!
¿No podeis solo un momento
detenerlas?

CLEANTES.

No, señor;
porque han de ir resueltas luego
á distintos Tribunales,
y á interesados diversos,
y quando se pára el movil,
se pára todo el gobierno.

CAMILO.

¿Un breve instante qué importa?

CLEANTES.

Lo que en el relox, que vemos,
que un instante que se páre,
para volver á su centro
las horas, por todo el curso
es menester revolverlo.

CAMILO.

¡Tan tasados mis minutos
están! ¡Oh cómo acá dentro
me andan de algunos avisos
moralidades latiendo!
Pues si asi es fuerza, Lidoro,
partir contigo pretendo
del Imperio, que me agovia,

desde un extremo á otro extremo.
Ahier erais vos Camilo,
y hoy soys Cesar ;y si fueron
finos ahier mis cuidados,
de ellos apenas me acuerdo:
porque , si pienso , que os quise,
me está el honor desmintiendo,
pues os quise como á esposo,
y ya es imposible , serlo.
¡Con qué dolor lo pronuncio!
¡Y con qué veras lo creo!
Ya es otro tiempo , señor.

CAMILO.

¿Pues hay para mí otro tiempo,
que el de adorarte? Ay Sirene,
mal sabes, que fue mi intento,
deshojar entre tus plantas
el laurél del Universo.
¡Que es otro tiempo , pronuncias!
¡Quando:::!

Sale Cleantes.

CLEANTES.

A buena ocasion llego, *ap.*
para lo que voy trazando.
Hora es , de que despachemos,
señor , aquellas consultas.

CAMILO.

¡Valgame amor! ¡Que ahun no tengo
tiempo, de satisfacerla!
¿No podeis solo un momento
detenerlas?

CLEANTES.

No, señor;
porque han de ir resueltas luego
á distintos Tribunales,
y á interesados diversos,
y quando se pára el movil,
se pára todo el gobierno.

CAMILO.

¿Un breve instante qué importa?

CLEANTES.

Lo que en el relox, que vemos,
que un instante que se páre,
para volver á su centro
las horas, por todo el curso
es menester revolverlo.

CAMILO.

¡Tan tasados mis minutos
están! ¡Oh cómo acá dentro
me andan de algunos avisos
moralidades latiendo!
Pues si asi es fuerza, Lidoro,
partir contigo pretendo
del Imperio, que me agovia,

el intolerable peso.
Despacha tú estas consultas.

CLEANTES.

Eso, señor, es ponernos
otro Emperador, y no
el que elegimos.

CAMILO.

Ya es eso
tambien, mandarme vos.

CLEANTES.

Yo
á vuestra instruccion atiendo
por el Senado: el Senado
viene á ser en vuestro cuerpo
la parte racional; vos
el material instrumento;
y quanto el cuerpo executa,
manda el discurso primero.
El Principe es de las leyes
la viva voz: el consejo
es la ley: luego á éste debe
el Principe estar sujeto,
como por razon lo estamos
todos al entendimiento:
y ahunqne es vasallo del hombre,
debe el hombre obedecerlo,
sin que del libre albedrío
pierda el absoluto imperio,

pues le manda aconsejando,
y aconseja obedeciendo.

CAMILO.

¿Quando eso sea, me puede
quitar el Senado recto
tener un amigo, que
me alivie en tanto manejo?

CLEANTES.

Ese os servirá, informando,
señor, mas no decidiendo;
que vasallo de un vasallo
sereis, y en sabiendo el pueblo,
que hay otro, que manda en vos,
redunda en vuestro desprecio
el honor, que á él le tributa;
pues, al valído sirviendo,
ni temen de vos castigo,
ni de vos esperan premio.
Demás de eso no ha de ser
ese amigo al gusto vuestro,
sino á gusto del Senado
y de los vasallos, puesto
que es vuestro interés mayor,
tenerlos á ellos contentos.

CAMILO.

¿De suerte, que ahun un amigo
ha de ser al gusto ajeno,
y no al mio?

CLEANTES.

Sí, señor;
y será mejor acuerdo,
no tener ninguno, pues
ahun no soys tampoco dueño
de vuestro favor; que son
acreedores, en sirviendo,
todos á él; y la igualdad
en paz mantiene los reynos.

LIDORO.

Ya es esto mucho apretar.

CAMILO.

¡Ay Lidoro! Ya lo advierto;
pero ahun está poderoso
Trajano, y hasta estar diestro,
y en el despacho instruído,
no me han hecho el juramento.
Importa estos quince dias
sufrirlos. El alma dexo
en Sirene. Vén conmigo.
Sirene á Dios. ¡Sabe el cielo,
del iman de aquellos ojos
con qué violencia me ausento!

CLEANTES.

Bien vá, Trajano. Los Dioses
favorezcan tus intentos.

Vanse los tres.

LIVIA.

Ser Emperador con ayo,
y con ayo tan molesto,
debe de ser gran trabajo.

SIRENE.

¡Ay, Livia! Si gran tormento
era, perder á Camilo
por sí, que adviertas, te ruego,
¿qué haré, al perderle con tanta
grandeza como le pierdo?

Salen Corbante y Adriano.

CORBANTE.

Allí está.

ADRIANO.

Mira si acaso
estos jardines amenos
pisa Octavia, porque hablarla,
sin que ella lo advierta, quiero.

CORBANTE.

Tan colgada de tu voz
la tiene su pensamiento,
que apenas la nombras, quando
viene dando vulto al eco.

ADRIANO.

Pues retirate; que ya
mejor será, que esperemos.

Sale Octavia.

OCTAVIA.

¡Sirene, tan sola y triste
el dia, que considero
tu mayor gusto! Sin duda
estás mal con tu contento
sino es, que él quiera en tu llanto
echar algun mal del pecho.

SIRENE.

Ahí verás, quán desgraciada
soy, pues como males siento
los bienes.

OCTAVIA.

Y ahí verás, quanto
lo soy yo mas, pues perdiendo
Adriano el Lauréł, tu llanto
no me sirve de consuelo,
quando tú le ganas. ¡Hados, *ap.*
hoy verme á las plantas temo
de Sirene, á quien ahier
juzgaba mi devanéo
por vasalla, quando Adriano
tubiese en su mano el cetro!
Mas quiero ver, si él parece
en el jardin; que deseo,
aliviar su pena. *vase.*

LIVIA.

Fuese,

sin mas hablar.

CORBANTE.

No hayas miedo,
que le encuentres, pues ya dexas
agazapado el conejo.
Bueno fue, haberte escondido.

ADRIANO.

Pues á morir me resuelvo,
hablando á Sirene; que antes
ser infelice, pretendo,
de osado, que de cobarde.
Determínese el despecho
á que antes me dé la muerte
su rigor, que mi silencio.
Hermosisima Sirene,
cuyos divínos luceros
en lo vivo de sus rayos
influxos están bullendo:
si quieres conocer, quánto
en mi noble rendimiento
y en mi adoracion ansiosa
es la sed de tus desprecios,
no las infieras de las veces,
que pretendí amante ciego,
de todos sus desengaños
malograr los escarmientos
ansioso siempre de tantos
desdenes, como te debo.

Debo, dixe, porque son
tan preciosos, que en mi afecto,
ahun con la ansia, de adorarlos,
no puedo satisfacerlos.
No lo infieras de esto, digo,
sino de ver, que me atrevo
á hablarte en el mismo dia,
que por celestial decreto
tu correspondido amante
consigue el Romano Imperio:
y en el mismo dia, que
yo desdeñado lo pierdo,
á darte mil parabienes
llega festivo mi obsequio,
ahun de lo que siento tanto;
pues, ahunque negar no puedo,
que siento, por quien lo logras,
de que lo logres, me alegro.

SIRENE.

El parabien, que me dás,
Adriano, yo le agradezco,
no obstante, que no le admito;
que, ahunque por digna me tengo
de quanto desprecio, no
aspiro al Laurél, pues creo,
que mas, que no en desearle,
mi soberbia desvanezco

en despreciarle. A Camilo
admití aquellos cortejos
decentes, quando en los dos
era igual el casamiento.
Hoy no lo es, ni yo mujer,
que viniera en él, sabiendo,
que habrá, quien se lo censure:
pues no admitiera por dueño
á nadie, que imaginase,
que me adoraba, supliendo.
No hay, quien á mi vanidad
pueda imaginar soberbio,
que hace en su eleccion dichosa:
y antes en la mia quiero
hacer felices; que es
blason del poder y el cielo.
Ya murió Camilo en mí.

CAMILO *al paño.*

¡Qué oygo, penas! ¡Quando vuelvo
del despacho, por si acaso
hablar á Sirene puedo,
no solo con mi enemigo
tan bien hallada la encuentro,
sino diciendo, (¡ay de mí!)
que ya en su memoria he muerto!

OCTAVIA *al paño.*

No habiendo encontrado á Adriano,
vuelvo otra vez. ¡Mas qué veo!
Hablando está con Sirene
á solas. Alma, escuchemos.

ADRIANO.

¡Qué murió Camilo en vos!

SIRENE.

Soy, quien soy.

ADRIANO.

¡Y que tan presto
le olbidasteis!

SIRENE.

El honor,
que obra con entendimiento,
para olbidos, que le importan,
no necesita del tiempo.

CAMILO.

¡Que esto escuche!

OCTAVIA.

¡Que esto véa!

CAMILO.

Ella está satisfaciendo,
á Adriano de mí.

OCTAVIA.

Ella está
asegurando sus zelos.

ADRIANO.

De suerte, que, si á Camilo
despreciais, porque al supremo
Laurél llegó, bien mi amor
puede esperar; si arguyendo
al contrario, hasta su esfera,
quando él sube, yo desciendo.

SIRENE.

Eso no es, lo que yo os digo.
Lo que ha sucedido, os cuento,
porque el parabien me dais.

LIVIA.

Siempre estubo mas bien puesto
conmigo Adriano, y fui siempre
de su parte. Este suceso
ayuda mas su fortuna.
Irla desatando quiero
al disimulo esta cinta
á mi ama, por darle luego
este favor.

ADRIANO.

Yo, señora,
á ser vuestro esclavo, anhelo.

OCTAVIA.

¡Ah traydor!

CAMILO.

¡Ah aleve!

ADRIANO.

Y ya,
que olbidada os considero
de Camilo, que admitais,
suplicoos, mi rendimiento.

SIRENE.

Adriano, si permití
de Camilo el galantéo,
para casarme, advertid,
que fuera mi amor muy necio,
si eligiera mas; y asi
no será casamentero
mio jamás el cariño.

ADRIANO.

¿Pues quién, señora?

SIRENE.

El concierto;
que, si el amor una vez
es gala, dos es defecto;
y para que esto podais
tratar conmigo, es muy presto;
porque parecer pudiera
ligereza ahun el acierto.

LIVIA.

Desatada está, y no pude
sacarla.

SIRENE.

Dame con esto

licencia.

ADRIANO.

Advertid::: Mas este
lazo se cayó del crespo
rizado ofir.

LIVIA.

¡Torpe andube!

Al irse, se le cae un lazo, y le ase Adriano; y salen Camilo y Octavia por distintos lados.

CAMILO.

Suelta, traydor.

OCTAVIA.

Suelta, fiero.

ADRIANO.

Para volversele pude
solo alzarle mi respeto,
mas no para que ninguno
me advierta, lo que hacer debo.

CAMILO.

A mí me lo has de volver.

ADRIANO.

No fuera decente acuerdo,
daros yo, lo que no es mio.
Sirene es, quien puede hacerlo.

OCTAVIA.

Pues entregamele á mí.

ADRIANO.

Tampoco es estilo atento,
dar alhajas de una á otra.

SIRENE.

Pues á mí sí; que el empeño
estorbo.

ADRIANO.

Aqui pues le tienes:
mas no por eso os le vuelvo,
sino porque es justo.

CAMILO.

¡Cómo,
aleve, contra tu dueño
te atreves!

ADRIANO.

Ahun no lo eres,
y ahun, si lo fueses, exceso
sería, empeños de amor
querer andar compitiendo.

CAMILO.

Vive Dios, traydor, aleve,
que has de morir á mi acero.

Abrazase con él Adriano.

ADRIANO.

No le saques; que, si antes,
de que eres Cesar, me acuerdo,
en viendo acero desnudo,
nunca supo huir mi haliento,

y no he de aprenderlo ahora.

CAMILO.

¡Tú te atreves desatento,
á luchar conmigo!

ADRIANO.

Sí;
que por tu autoridad vuelvo;
que te desluces si sacas
la espada, y no podré luego
respetarte.

CAMILO.

Aleve, quita.

SIRENE.

De marmol soy.

OCTAVIA.

Soy de hielo.

LIVIA.

¡Ahora os helais! Dad voces.
¡Ah de la Guardia!

CAMILO.

El estrecho
ñudo desharé. *luchando.*

OCTAVIA.

¿Soldados?

SIRENE.

Acudid, acudid presto.

LIVIA.

Que se matan.

Salen por un lado Trajano y Licinio; y por otro Cleantes, Lidoro, Gelanor y Soldados.

TRAJANO *dentro.*

Alli voces
suenan.

UNOS.

¡Qué es esto!

OTROS.

¡Qué es esto!

ADRIANO.

Esto es, haber advertido
á Camilo mi respeto,
lo que él debe á su decoro,
y yo á mi valor le debo.

SIRENE.

Muerta voy.

OCTAVIA.

Sin alma anímo.

LIVIA.

Mal me ha salido este enredo.

CAMILO.

Esto es, querer castigar
á mi enemigo.

CLEANTES.

No es bueno,
en quien es Monarca ya,

pàra castigo ese medio,
sino es el de la justicia;
que en coléricos extremos
desluce lo soberano,
quien ostenta lo resuelto.

CAMILO.

De mis enemigos nunca
con la justicia me vengo.

CLEANTES.

No hay en el Trono enemigos;
porque, si ahier lo fue vuestro,
qualquiera vasallo es hijo,
y debeis favorecerlo,
sin acordaros del ódio;
pues no era decente acuerdo,
si como particular
os ofendió su ardimiento,
que la ofensa de Camilo
castigue un Cesar supremo. *vase.*

GELANOR.

Digan la verdad, señores;
¿no les enfada este viejo?

LIDORO.

Esto es ya, querer ceñirle; *ap.*
y para librarle, quiero
antes de volver al lance,
saber, que fuerzas tenemos. *vase.*

TRAJANO.

¿Pues en qué os ofendió Adriano?

CAMILO.

En competir el empleo
de una dama.

TRAJANO.

¡Cómo dama!
¡Pues un Monarca, que atento
debe estar de su dominio
al incesante desvelo,
en zelos y damas anda!

CAMILO.

¿Por qué no, quando pretendo
casarme?

TRAJANO.

¡Cómo casaros!
¡Sabeis, lo que soys; que creo,
que lo que habeis pretendido,
ahun no sabeis! Un excelso
Monarca con sus vasallos
no casa, ni por su mismo
dictamen, que, como solo
al público bien nacieron,
solo se deben casar
á gusto de sus Consejos,
y no de su voluntad;
que los Reales casamientos
siempre paces ó alianzas

concluyen con otros Reynos,
abriendo asi á sus vasallos,
seguridad y comercio:
y asi se deben casar
solo al gusto de sus pueblos. *vase.*

GELANOR.

Y á mi gusto; que en estado
los dos hemos de poneros. *vase.*

CAMILO.

¡Qué es, lo que pasa por mí!
¡Esto es, lo que tanto anhelo
me ha costado! ¡Esto es reynar,
ó morir! ¡Piadosos cielos,
ni yo vivo para mí!
¡Ni es mio mi propio tiempo!
¡Ni tener puedo un amigo!
¡Ni he de vengarme severo
de mi enemigo, ahunque osado
á mi vista me dé zelos!
¡Y no solamente extraño
he de estar con mis afectos;
pero ahun mi amor y mi dama
han de ser al gusto ajeno!
Pues, si tiene libertad
el mas humilde plebeyo,
y, ahun para el libre albedrío,
por Monarca no la tengo;
¡qué mas esclavo, que yo!

¡Oh ambicion! ¡En qué me has puesto
y qué de dichas mentidas
pintaste desde el deséo,
que, como en la perspectiva,
los celages mas serenos
son desde cerca borrones
los que eran luces de lejos! *vase.*



JORNADA TERCERA.



Descubrese un bufete con luces, y en él unos libros grandes, mapas, recado de escribir, y algunos papeles; en una silla estará Camilo, y de rodillas en unas almohadas Cleantes.

CAMILO.

Qué mas hay, que despachar,
pues es taréa precisa
ésta, y se vá haciendo ya
tolerable, en ser contínua.

CLEANTES.

Otras muchas cosas quedan;
mas fuerza es, que se remitan
á otro dia, asi por una
que mas que todas nos insta,
á acudirla, como porque
no á tanto peso se rinda
vuestra Majestad.

CAMILO.

Yo sé,
Cleantes, quando decias,
que para eso me pagaba
el pueblo.

CLEANTES.

Sí; mas no quita
eso el preciso descanso;
y, lo que yo os persuadia,
es, no usurpar el despacho
las horas, que concedidas
le teneis. Vuestro descanso
redunda, si bien se mira,
en beneficio del pueblo.
Vuestras fiestas y delicias
decentes, demas de ser
pompa de un Monarca digna,
miran al util de todos;
pues es qualquiera festiva
diversion en vuestro afán
haliento á nuevas fatigas.
Tambien vivís para todos
en las horas, que os alivia
el vivir para vos solo:
pues nadie hay, que contradiga,
que del Monárca le importa
mucho al Imperio la vida,
y la ansia, de aprovecharla,

no ha de ser, de consumirla.
Para todo ha de haber horas;
mas no habeis de confundirlas,
dando á uno, las que son de otro;
que es fuerza, que tan medidas
estén, y, quien vive á todos,
tan públicamente viva.

CAMILO.

Ya sé, que están mis minutos
tasados para distintas
operaciones. Ya sé,
qué tengo tan repartida
la vida, que nadie puede
quitarle sin injusticia
un instante de mí mesmo,
ni ahun á mí, si se averigua;
que hace este orden, que ahun aquellos
espacios, que se destinan
á mis festejos, como es
forzoso, que á ellos asista,
y que no viva sin ellos
la equidad distributiva,
mirados como taréas,
como festejos no sirvan.
El mas plebeyo oficial
su descanso solicíta
el dio festivo, y yo,
en quien los ojos vigilan

del Argos en tantas plumas,
no descanso ningun dia.
¿Qué es, lo que se ofrece ahora
de cuidado?

CLEANTES.

La noticia,
que hoy se ha tenido, de haber
rebeladose las Islas
de la Gran Bretaña, y todas
las que con ellas confinan
de Batavia, que del mar
y del Rheno divididas,
del Oceano Germano
la blanca tez cristalina
de verdes lunares manchan,
de fecundidad salpican.
Hoy Quinto Flaco Valerio,
Legado de las Provincias
Belgicas, no solamente
la sublevacion avisa,
sino que de las Legiones
Romanas, que residian
en los Presidios, la gente
le mataron mas lucida
los rebeldes; y, si luego
reclutas no se le envian
veteranas, y los medios,
con que al punto se aperciban,

para salir á campaña,
todo el dominio peligra
de aquellos países, puesto
que estas centellas prendidas,
antes que levanten llamas,
se han de cubrir de cenizas.
Mañana Senado, y Plebe
te juran la fee rendida;
y el gran Trajano mañana
á su patria se retira.
En el tesoro Imperial,
á cuyo caudal se aplican
tambien todas las riquezas
que antes del cetro tenias,
apenas hay lo bastante
al donativo, que estilan,
el dia que se coronan,
á la Plebe y la Milicia
dar los Cesares; y es fuerza,
que quede distribuida
tanta porcion; pues si no,
deshiciera su codicia
esta eleccion. Mira ahora,
de qué caudal determinas,
que para tan grave caso
al Legado se le asista.

CAMILO.

Bien, ¿Y qué libros son estos?

CLEANTES.

Es la docta Geografia
de Tolomeo, en que está
en tantos Mapas escrita
la superficie del Globo
de tierra y agua; pues pinta
de las tres partes del mundo,
en que los hombres habitan,
Provincias, Reynos é Imperios,
para que en ellos percibas
de estas Islas la importancia,
á qué parte están vecinas
de tu Imperio, y lo que pierdes,
si las pierdes.

CAMILO.

Prevenida
anda en todo tu prudencia;
que, puesto que es mi impericia
tal, que de Roma jamás
salí, y es accion precisa,
que el Principe siempre tenga
presente su Monarquía;
pues bien como el corazon,
no tan solo ha de regirla,
pero á todos los extremos
sus espiritus envia,
desde el centro, me es forzoso,
comprehenderla en estas lineas,

donde el compás la regula,
y donde la anda la vista.
Sin Geografia y Historia,
en vano á reynar aspira
mi rudeza : sin Historia,
porque el reynar necesita
de tan grandes experiencias,
que en una vida adquirirlas,
no es posible; y estudiando
todas las cosas antiguas,
pocas horas de memoria
son muchos siglos de vida;
sin Geografia, por qué
sin que su Imperio distinga,
¿quien no sabe, lo que manda,
cómo, á mandarle, se aníma?
¿Quál es la Bretaña?

CLEANTES.

Aquella
Isla fertil y florida,
que enfrente está de las Galias,
con un canal dividida.

CAMILO.

¿Y la Batavia?

CLEANTES.

Estas otras,
que aqui se vén esparcidas,
confinando con el mar

Germánico, con la Frisia,
Galia Belgic y Germania.

CAMILO.

Alteracion es bien digna
de cuidado. ¡Oh, quánto importa,
que sepa aquel, que domina,
lo que pierde, en lo que pierde,
sin creerlo á la malicia,
de quien, minorando el daño,
el consuelo facilita,
y echa á perder los remedios
con aleve medicina!
¿De dónde pues sacarémos
medios para esta conquista,
pues tanto importa?

CLEANTES.

Señor,
no sé; que los Asentistas
y los Colectores todos,
parece, que se retiran,
de hacer anticipaciones;
pues guerras tan repetidas,
como ha tenido Trajano,
tienen del todo extinguida
la fuerza del caudal.

CAMILO.

Yo
haré á Lidoro, á quien fia

mi cariño de la hacienda
los manejos, que consiga
alguna porcion, que baste,
á domar las atrevidas
rebeldes armas. ¿Hay mas?

CLEANTES.

Ah, sí; tambien se me olbida
(mal la industria vá saliendo, *ap.*
si no dá fuego esta mina)
este memorial de Adriano.

CAMILO.

¡Ah traydor! Mal se desvian
de mi memoria mis zelos,
de mi dolor su osadía.
¿Qué pide?

CLEANTES.

En él te dá cuenta,
y, que la apruebes, suplíca,
de su boda; pues personas
tan altas y esclarecidas
no las concluyen, sin que
los Cesares lo permitan.

CAMILO.

¿Con quién casa?

CLEANTES.

Con Sirene.

CAMILO.

Estatua he quedado fria,

y condensado el haliento
en exhalaciones tibias,
carámbanos son del ayre
quantos el pecho respira.
¡Con quién decís!

CLEANTES.

Con Sirene,
vuelvo á decir, una Ninfa,
que en ese Templo de Palas:::

CAMILO.

No prosigas: no prosigas,
ni tus señas me deshagan
la duda, que acá fabríca
mi amor, que, sin saber de otra,
la finge por cortesía.

CLEANTES.

Pues, señor, ¿qué os descompone,
qué os inquieta, ó qué os irrita?

CAMILO.

¡Con Sirene! Por los Dioses,
que fuera Roma encendida!
ahun mas que en tiempo de Nero,
en el volcán de mis íras;

Levantase, arrojando el bufete.

y que yo sabré:::

Sale Lidoro.

LIDORO.

¡Qué ruido:::

Sale Adriano.

ADRIANO.

¡Qué rumor:::

Sale Gelanor.

GELANOR.

¡Qué vocería:::

LOS TRES.

se oye en el quarto del Cesar!

LIDORO.

¿Señor?

ADRIANO.

¿Señor?

CAMILO.

¡Qué os admira!

LIDORO.

Yo, señor, desde esa quadra:::

ADRIANO.

Yo desde esa galería:::

LIDORO.

donde aguardo, para hablaros:::

ADRIANO.

donde espero la salida

de Cleantes:::

LIDORO.

ruido escucho.

ADRIANO.

rumor oygo:::

GELANOR.

oygo, que gritas:::
(que tambien entro yo en esta relacion alternativa.)

LIDORO.

y osado:::

ADRIANO.

pronto:::

GELANOR.

curioso:::

LOS TRES.

vengo á saber, en qué os sirva.

CAMILO.

En no verme el rostro ahora,
quando volcanes vomita,
ya en rayos y ya en colores,
por ojos y por mexillas;
porque en fin pasiones de hombre
de Monarca no desdigan:
pues si alguno, vive Dios,
hay, que osado me compita,
sabrá este acero:::

Empuña la espada, y todos se hincan de rodillas.

TODOS.

Señor.

GELANOR.

Tente; que nos desquartizas
con solo un ceño. ¡Qué es esto!
¡Señores, estas burlitas
tienen los Emperadores,
que el alma al verle tirita,
y quando era mi amo, burla
de sus enojos hacia!
¡Valgame Dios, cómo tiemblo!

ADRIANO.

¡Qué es esto! No ví en mi vida
el miedo hasta hoy.

LIDORO.

Con tener
su gracia, tiemblo á su vista.

CLEANTES.

¡Oh, cómo brotó en sus zelos
todo el aspid de la envidia!

CAMILO.

Los zelos me han descompuesto; *ap.*
y asi de aqui se retira
mi grandeza. Véd, ¿qué hará
el filo de mi cuchilla,

quando castigue, si ahun hace
ese efecto, quando avisa? *vase.*

ADRIANO.

Valgame Apolo. ¡Qué rasgos,
ó qué vislumbres divinas
esparce de sí el caracter
de una alta Soberanía;
que asi asombra en sus enojos
la Majestad ahun fingida!
Fingida dixe, porque,
ó bien á la industria activa
de mi tio, ó á las armas,
que mi cautela concita,
verá Camilo mañana
su pompa desvanecida.
Sin duda esto es, porque sabe,
que Sirene persuadida
está á mis bodas; mas sea
lo que fuere, pues me instan
mi amor y mi conveniencia
á que uno y otro consiga,
he de lograrlos entrambos,
y ha de morir, quien lo impida. *vase.*

GELANOR.

Si no hubiere en el retrete
mas luces, que las bugías
del bufete, á obscuras quedan
Camilo y esta estantigua.

Nunca mas cerca del Cesar;
que el alma llevo aturdida,
de ver, con los que andan cerca,
y un punto no se desvian,
lo que hacer puede unos de estos,
si se vuelve loco un dia. *vase.*

LIDORO.

¡Qué es esto Cleantes!

CLEANTES.

Yo
no sé, Lidoro, que os diga;
que no lo sé.

Sale Camilo.

CAMILO.

Pues yo sí,
y al mirar, que se despidan
todos, y que con los dos
ningun secreto peligra,
pues tú, Cleantes, has sido,
á quien debo la doctrina
del Imperio, y por Maestro
de tí mi amistad se fia;
y tú, Lidoro, á mi suerte
solicitaste esta dicha,
con los dos se desahogan
las penas, que me lastiman.
Yo adoro tanto á Sirene,

que con ansia de rendirla
el Imperio, mi ambicion
al sacro laurél aspira;
y por donde ha de obligarla
mi amor, mas la desobliga;
pues no solo de mi ansias
tantas finezas olbida,
mas con Adriano se casa.
¡Oh! El dolor no lo repita,
sin que del ultimo acento
el alma me arranque asida.

CLEANTES.

¡Señor, qué es esto! ¡Un Monarca
descompone así la invicta
Majestad!

CAMILO.

¿Pues los Monarcas
no son hombres, y las mismas
pasiones, que á los demás,
no es fuerza, que les aflijan?

CLEANTES.

Hombres son; mas la prudencia
de su secreto se cifra
en que no han de parecerlo;
y las pasiones mas vivas,
ya que no puedan vencerlas,
por fuerza deben sufrirlas,
sin que alguno las conozca;

que, si llegan á inferirlas,
pierde con los sentimientos
mucho la soberanía.

CAMILO.

¡Que ahun no he de quexarme!

CLEANTES.

No;
que del Olympo la cima
es superior á las nubes;
y asi exenta se exâmina
á borrascas su eminencia,
siempre serena y tranquíla.
Asi de un Monarca el rostro,
cuya alteza es excesiva,
debe estar serena á todo,
sin que un sentimiento imprima
en él, dandose al partido,
de conocer, que hay desdichas.

CAMILO.

Todos se quexan, y en tanto
qualquiera dolor alivian,
pues juzgan, que le reparten,
si acaso le comunican;
¡y solo á mí la grandeza
ahun de este alivio me priva!
Mas infelíz soy que todos.

LIDORO.

Pues dí, señor, ¿quién te quita,

no otorgarle esa licencia?

CLEANTES.

¿Fuera accion bien parecida,
quitar á tales vasallos
la libertad?

LIDORO.

Sí, pues miras,
que él la quiere para sí.

CLEANTES.

Si era su pasion tan fina,
¿por qué no se casó antes;
que, si quando le apellidan
Cesar, fuera ella su esposa,
por fuerza habia de admitirla?
pero ahora, que está libre,
no es facil, que le permita
el Senado con vasalla
casar; que la Monarquía,
querrá comparar con sus bodas
la paz, de que necesita.
Trajano ajustó esta boda.
¿Será justo, que se diga,
quando solo para Adriano
tal conveniencia destina,
que Imperio y esposa usurpa
al sobrino tu injusticia?

CAMILO.

Bien dices; pero yo muero,

si no lo estorbo.

LIDORO.

¿Imaginas,
ceñirle como hasta aqui
con advertencias prolixas,
que en tus sofisticos dogmas
su absoluto Imperio ligan,
de ninguno practicadas,
y de tantos discurridas?

CLEANTES.

Sí; que, quanto yo le he dicho,
es la obligacion precisa
de un buen Monarca, y ninguno
lo puede ser, sin cumplirla.
La fama es Juez de los Reyes,
y es la mayor enemiga,
que tiene el poder, supuesto
que la culpa, que averigua,
hasta en futuras edades
eternamente castiga.
El Monarca, que á la fama
no teme, si se le indigna,
jamás será buen Monarca;
y asi es bien, que todos vivan
al gusto de esta fantasma,
que el bien y el mal eterniza.
Esclavo del qué dirán
debes ser, porque aplaudida

sea tu memoria, temiendo
calumnias de la malicia
hasta del mas vil vasallo.

CAMILO.

Entre tantas infinitas
pensiones, como en el trono
tus experiencias me dictan,
ninguna mas que estas dos
una invencible harmonía
está haciendo á mi paciencia,
de mil golpes combatida.
¡Qué mas dolor, qué mas ansia,
que vér, que á mí no me libran
del dolor, y que no puedo
quexarme! ¡Y qué mas fatiga,
que estar temiendo los juicios
ahun de la Plebe abatida,
que imagina baxamente,
y cree, quanto imagina!

LIDORO.

Señor, no á tantos discursos
el supremo poder rindas.
Quien puede, todo lo puede;
y esas son sofisterías
de Políticos.

CAMILO.

Lidoro,
mal tu lealtad acreditas

en esos consejos. Yo
soy Monarca, y no querria,
ser malo por ningun caso;
pues, ahunque por tiranía
quise empezar mi corona,
no pensaba proseguirla
por ella; que la razon
cierta oculta simpatía
tiene al bien, y horror al mal,
ahunque de él un bien se siga.

LIDORO.

Dale en fin esa licencia;
y el remedio se remita
á un veneno, en donde pueda
quedar su muerte escondida:
y si se supiere, ¿antes
resolucion no tenias
de matarle? ¡Pues qué importa,
si ahoras mas justificas
tus iras, que le dés muerte!

CAMILO.

Bien dices; muera á mis iras,
pues él tambien en Sirene
el alma me tiraniza.

CLEANTES.

¡Qué consultarán los dos! *ap.*

CAMILO.

Cleantes, ya concedida

tiene Adriano la licencia.

CLEANTES.

Sospechosa es, ó fingida, *ap.*
pues fue tan mal consultada.

CAMILO.

Vamos, por vér, si me alivia
el sueño. ¡Ay amor! en él
permite, que al menos vistan
la blanca tez de Sirene
mis amantes fantasías. *vanse.*

Salen Sirene, Livia, y otras damas.

LIVIA.

¿Tan de mañana, señora,
á vestirte te prefieres?
Sin duda en tu frente, quieres
vér amanecer la aurora;
y, ahunque ella tus rizos dora,
no es bien, que de nobia el dia
falte la destreza mia
al primor de tu tocado.

SIRENE.

De los ojos me ha robado
el sueño la fantasía.

LIVIA.

¡Tanta inquietud dá el contento!

SIRENE.

No burles de mi pasion;

que, quien casa por razon
y proprio conocimiento,
siempre á lo mejor atento,
mas que alborozo, temor
tiene, y para el nuevo amor,
que hoy rinde mi libertad,
anda de mi voluntad
escondiendose mi honor.
El yugo, á que destinado
viene mi cuello este dia,
eleccion no ha sido mia;
mis parientes lo han tratado.
En mí fue razon de estado,
que al vér, que es tan poderoso
Camilo, y me adora ansioso,
nadie diga, que un instante
él fue poderoso amante,
y estube yo sin esposo.
En fin casarme no dudo,
pues á nada mi honor cede:
no haya, viendo quanto puede,
quien presuma, quanto pudo.
¡Qué discurso pues tan rudo
ignorará, á qué aflicciones,
y á quántas contradiciones
por fuerza se ha de entregar
voluntad, que, para amar,
ha de mendigar razones!

Camilo fue mi eleccion,
y Adriano mi suerte fué;
á aquel adoró mi fé,
y á éste quiere mi razon.
Tén lástima á mi pasion,
pues le amo, y estas violencias
me hago con las diferencias
de tantas contradiciones.
¡Pero quándo por razones
se mandan las influencias!

Sale Octavia.

OCTAVIA.

¡Que quando al jardin venia,
por si puedo entre las flores
verter parte á sus verdores
de mi gran melancolía,
esté la enemiga mia
tan de mañana en su esfera!
¡Por quánto no sucediera
á un breve alivio un hazar!
¡Oh si á otros quadros pasar,
sin que me viese, pudiera!

LIVIA.

Ya tienes á Octavia alli.

OCTAVIA.

Por no explicarle mi rabia,
me quiero volver.

SIRENE.

Octavia,
¡por qué te ausentas de mí!
¡Sin hablar vuelves asi!
¡No merezco á tu desdén,
que tus finezas me dén
parabien de mi alegría,
pues no habrá ventura mia,
si falta tu parabien!

OCTAVIA.

Si acaso por falsedad
lo dices, no á mi rigor,
que de sombras de mi amor
se adorne tu voluntad,
puede ofender. Es verdad,
que Augusta me pensé vér,
quando Adriano á mi entender,
mandaba uno y otro Polo;
pero para Adriano, solo
por sí, soy mucha mujer.
La Casa de los Octavios
hecha está ya á Emperadores,
pero á solo Senadores
tu familia de los Flavios.
Y asi son discursos sabios,
que tú te hayas reprimido,
y á Adriano hayas admitido:
y, pues el reparo ofreces,

mas que mereces, mereces
por haberte conocido. *vase.*

SIRENE.

No te ausentes: oye, mira,
vuelve, Octavia.

LIVIA.

¿Qué la quieres?

SIRENE.

Dar á tantas groserías
respuesta.

LIVIA.

No en eso empeñes
tu cordura; que picada
está; y es bien, que te acuerdes,
que no hay discreto tahur,
que no sufra algo, á quien pierde.

SIRENE.

¡Octavia conmigo altiva!

Salen Lidoro y Camilo.

LIDORO.

¿A qué tan temprano vuelves
al jardin del Templo?

CAMILO.

¿Qué
me preguntas, quando adviertes,
que no estoy en mí conmigo,
si me miro sin Sirene;

y que el despechado amante,
que sobre sus zelos duerme,
mal descansa ; que ahun dormido,
la imaginacion le hiere,
forzandole , á que consigo
todas sus ansias despierte.

LIDORO.

Con Livia está.

CAMILO.

Tan temprano,
fiera esfinge, aspid, aleve,
que con tósigo de fuego
la imaginacion me muerdes,
enroscandola en los lazos
de tantas azules sierpes:
¡tan temprano has madrugado,
á que tus ojos encuentren
la luz del sol tan infante!
¡Ingrata, mira, quién eres,
pues con ansia madrugaste,
de que tu desvelo hiciese
mas dilatado este dia
de tu dicha y de mi muerte!
¿Por qué no duermes, traydora?
¡Con tanta inquietud te tiene
el alborozo, que ansiosa
te obliga, á que te desveles!
Duerme, ingrata; que a lo menos

conseguiré, que aquel breve
instante, que en tí no estás,
en el dichoso no pienses.
Si tu mudanza:::

SIRENE.

Señor,
vuestra Majestad modére
su sentimiento, ó creeré
mas atenta, que no debe
de hablar conmigo sin duda.

CAMILO.

No harás mal, si lo creyeres;
que estás tan otra, que ahun yo
no acabo de conocerte.
¡En qué, dulcísima ingrata,
(pues á mis ansias corteses
y á mi rendimiento noble
eres dulce, ahun quando ofendes)
en qué ha podido enojarte
una fee tan reverente,
que, por ceñir tu coturno
con el Laurél de mis sienes,
aspiró á tan gran fortuna,
porque un cetro le sirviese,
de desmerecerte menos,
ya que no de merecerte!

SIRENE.

Vuestra Majestad advierta,

que es la corona la fuente,
de donde el honor se esparce
en manantiales perenes.
Pues, si honrar deben á todos
los Monarcas y los Reyes
¿qué debeis hacer, con quien
quisisteis? ¿Es bien, se cuente,
que naciendo, á honrar á tantos,
(como lo haceis) solamente,
quien merece vuestro agrado,
vuestras honras no merece?
Yo pensé, ser vuestra. Ya
los hados no lo conceden.
Ay Dios, ¡en quantos suspiros
cada razon se me envuelve,
haciendo, que un solo acento
muchos sollozos me cueste!
No lo conceden los hados,
porque interponen rebeldes
entre nuestras dos distancias
mil montes de inconvenientes.
Pues, si, ser vuestra, no puedo,
y ya os perdí para siempre:::
Entre esta voz y mi vida,
¡quién hiciera, que cupiese
la muerte, que de su acento
llevase el alma pendiente!
Si ya os perdí, ¿para qué

quereis, no solo exponerme,
á que pierda el honor, viendo
vuestros extremos; que suelen
crceer con exceso tantos
discursos de maldicientes:
ni que, ya que os pierdo, os pierda
con un torcedor tan fuerte,
como el que quedeis quexoso?
¡No le bastaba á mi suerte
mi mal, sin que en vuestras ansias
los vuestros se me añadiesen!
Yo, señor, no supe nada.
Mis deudos y mis parientes
me han casado. Ahun de mi parte
no he puesto, el obedecerles.
El no resistirles, basta,
sin cuidado de que yerren,
ó no yerren, la eleccion.
Denme el dueño, que me dieren;
pues, no habiendo de ser vos,
no queda ya, en quien acierten.

CAMILO.

Pues, Sirene, vive Dios,
que mi poder se resuelve,
á que no te logre Adriano,
y que has de ver, que antes muere
á mis iras.

SIRENE.

¡Qué es, lo que oygo!
Si algo he llegado á deberte,
mi señor, Principe mio:::
Principe y mio, pretende
decirte mi ansia; porque
á un tiempo, señor, ostentes,
por mio lo agradecido,
por Principe lo clemente.
Si algo te debo, á tus plantas:::

CAMILO.

¡Mi bien, qué es esto! ¡Qué emprendes!
¡Tú á mis plantas! ¡Oh mal haya
la Majestad, que consiente,
que lo supremo se abata,
y lo rendido se eleve!

Levantala.

¡Qué pides!

SIRENE.

Que no en la vida
de Adriano, señor, te vengues,
de lo que es desdicha mia.

CAMILO.

¡Ah ingrata, como lo sientes!

SIRENE.

¡Siento el escandalo solo;
y no es bien, que expuesta quede
mi fama á tanta censura.

CAMILO.

¡Ah traydora, como mientes!
Vive Dios, que ese es amor;
y en lo mismo, que intercedes,
le das muerte. Tus piedades
mas mis coleras encienden.

SIRENE.

Yo soy, quien soy.

CAMILO.

Ay Lidoro;
aspides fueron crueles
sus voces.

LIDORO.

Tú eres Monarca,
y es en vano, que te quexes,
ni que en tu poder inmenso
lo que puedes mandar, ruegues.
¿Para quándo es la violencia,
pues ya decretada tienes
la muerte de Adriano?

CAMILO.

Bien
dices, ahunque no aconsejes
bien, pues á mi natural
repugna, quanto tubiere
vislumbres de tyrania.
¿Pero, si muero, que puede
hacer ya mi resistencia?

Sirene hermosa, concede
á mi fineza una mano.

ADRIANO *al paño.*

¡Esto los hados consienten!
¡Qué permitieses, fortuna,
que á tan mal tiempo viniese,
á ver á Sirene!

TRAJANO *al paño.*

Aqui
parece, que se divierte,
Camilo. Haga mi cuidado
de aquestas ramas canceles.

SIRENE.

Sin duda se os ha olbidado
aquel estilo decente,
que se debe á mi decoro.

CAMILO.

No con razones me temples;
que he de abrasarme los labios
en el candor de tu nieve.

ADRIANO.

Perdido estoy.

TRAJANO.

Fuerte arrojo.

SIRENE.

Mirad:::

CAMILO.

No hay, que considere;

que, quando eras mia, supe
idolatrar tus desdenes;
pero ajena, no hay en mí
respeto, que los tolere.

TRAJANO.

¡Cómo estorbaré este lance!

ADRIANO.

¡Oh, quien pudiera oponerse!

LIVIA.

¡El hombre es abordador!

SIRENE.

Tente y mira, no te acerques,
que daré voces.

CAMILO.

¡Que importa,
si ninguno defenderte
podrá de mí; y esta mano::!

Al ir á tomarla la mano, sale Adriano, y le agarra á Camilo la suya.

ADRIANO.

Esta mano es bien, que llegue,
á ocupar yo.

CAMILO.

¿Para qué?
¡Qué aqui tan presto estubiese! *ap.*
Suelta la mano.

ADRIANO.

No puedo;
que no es bien, que se la niegues
á los hombres como yo,
quando á besartela vienen
por la merced, que me has hecho,

Hinca la rodilla.

gran Señor, en concederme
la licencia de casarme.
Llega tu tambien, Sirene;
que, pues te toca tambien,
es justo, que se la beses.

SIRENE.

Sin mi he quedado. A tus plantas
mi voluntad agradece
tal favor.

TRAJANO *al paño.*

Oyga el rapaz,
¡que halentado, y qué prudente
le atajó! Ay sobrino, el cielo
quiera, que al Imperio llegues.

CAMILO.

Alzad, señora. Ay de mí; *ap.*
que no sé, qué senda encuentre
en ira ó prudencia, y nada
puedo hallar, que me sosiegue.
Soltad, Adriano la mano.

ADRIANO.

Bien podeis seguramente
fiarla á la mia, que sabe
vencer enemigas huestes
de vuestra corona, y no
quisiera, si bien se advierte,
soltarla, porque confio,
que del peligro mas leve
estaré seguro, en tanto
que ella en mi mano estubiere.

CAMILO.

En equivocas palabras
de su valor me prviene,
¡Vos:::!

Sale Trajano.

TRAJANO.

Aqui importa salir.
¿Cómo en dia tan solemne,
tanto os retirais, Camilo?

CAMILO.

¡Qué á tan mal tiempo saliese! *ap.*
Fuerza es ya, disimular.
Cuidados hay, que me mueven;
que, en quien gobierna, no son
ocios, los que lo parecen.
Vamos á pensar, Lidoro,
de que caudales valerse
podrá mi thesoro para

la guerra de los rebeldes.
Mucho será, que el incendio *ap.*
de mis iras no reviente. *vase.*

LIDORO.

Y el de mi ambicion, pues ya,
despues que llegué, á ponerle
en el trono, no ha tratado,
de que mi amistad se premie;
y finezas excesivas
en los Soberanos suelen,
mirandose como Dioses,
ingratitudes volverse. *vase.*

SIRENE.

Ausentemonos de aqui;
que estoy corrida, de verme
donde sepan, que hubo hombre,
que á tanto pudo atreverse
conmigo. ¡Quién de Camilo
presumiera, que excediese
el límite á mi decoro,
y en tal parage!

LIVIA.

¡Ahora atiendes
caprichos de enamorados!
En el sitio mas patente,
¿quándo ellos imaginaron,
que alguno hay, que pueda verles,
para no arrojarse á todo?

SIRENE.

¡Fortuna, qué me sucede!

Vanse las dos.

TRAJANO.

Dame los brazos, Adriano,
porque en ellos me renueve.
Enlace al caduco tronco
tus frondosidades verdes;
que me has liquidado el alma
en las undosas vertientes
de estas lágrimas, que en gozos
de llanto visten lo alegre.
¡Qué resuelto y qué templado,
qué cortés y qué valiente
á Camilo reprimiste!
No hay cosa, en que mas se muestre
la discrecion y el valor,
Adriano, que en defenderse
del poder, sin que lo osado
exceda lo reverente.

ADRIANO.

¡Para qué, señor, me alabas,
de que algo de tí aprendiese,
si es, para perderlo todo;
y si quitas á mi frente
el laurel, que me ofreciste!
Mas bien es, que me consuele,
si heredáre tus hazañas,

ahunque tu Imperio no herede.

TRAJANO.

En otra ocasion, Adriano,
procuré satisfacerte
á esa quexa. Honor y vida
en la edad mas floreciente
debí al padre de Camilo;
y no era bien, se dixese,
que al padre debí la vida,
y al hijo le dí la muerte.
He conocido en Camilo
una complexîon muy debil
para qualquiera fatiga;
y está ya, ahunque mas se esfuerce,
cansado de tanto afan.
Es preciso, que desee
los ocios de hombre estudioso;
que las ciencias no se adquieren
sin un ánimo tranquilo,
ocioso é independiente.
¿De qué piensas tú, que á él
se le pudo ocurrir este
pensamiento del Imperio?
De estudiar tan diferentes,
politicos y morales
discursos, y parecerle,
que sabrá mandar el mundo,
renovarle y deshacerle,

como entre sí piensan, quantos
censuran, lo que no entienden.
Ya se habrá desengañado,
de que esta arte no se aprende
en libros, sino en manejos;
porque lee, aquel que lee,
los remedios, pero no
toca los inconvenientes;
que, al ir á curar un mal,
mayores males ofrecen.
Su natural es piadoso,
y no inclinado á crueles
resoluciones, si no hay
alguno, que las fomente.
Con sus consejos Cleantes,
que le instruye cautamente,
no solo del cetro sabe
los afanes exponerle,
mas hoy quiere de orden mia
hacer, que noticias lleguen
de guerras y alteraciones;
no porque ahora suceden,
sino por probar en él,
qué hiciera, si sucediesen.
Yo solicité la boda
de Sirene, porque fuese
ese el mayor torcedor,
y el nudo, que mas le apriete.

Y en fin dexa á mi cuidado
lo demas, por si hacer puede
mi prudencia, que este joven
de esta llamarada ardiente
sin sangre nos asegure,
y sin estrago nos vengue.

ADRIANO.

Bien es, señor, que á tu juicio
todo mi ardor se sujete;
y mas hago, en reprimirme
por tí, qué hiciera en vencerle.
Amor, de Roma, no importa,
que el sacro laurel me niegues,
si en Sirene me has rendido
de su esquivez los laureles. *Vanse.*

Sale Gelanor con unos papeles, y Corbante dandole un memorial.

CORBANTE.

Señor, por amor del Dios,
que mas á mano tengais,
que este memorial leais.

GELANOR.

Yo me acordaré de vos.

CORBANTE.

Sin duda no os acordais,
pues asi me respondeis,
de que::

GELANOR.

No me repliqueis.

CORBANTE.

algun dia:::

GELANOR.

Necio estais.

CORBANTE.

Que os acordais, muy bien sé,
quando estabais mas templado.

GELANOR.

¿Quien, en viendose elevado,
se acuerda, de lo que fue?

CORBANTE.

Pues no sabeis, que los dos
fuimos:::

GELANOR.

Vuestro error confieso.
Si yo me acordára de eso,
no me lo acordarais vos.
Claro está, que me olbidé,
pues que vos me hablais asi;
que, al que no sale de sí,
nadie le acuerda, quien fue.
¿Qué pretendes?

CORBANTE.

Quiero ser,
pues tanto habeis merecido,
sirviendoos de entretenido,

gentil hombre del placer.

GELANOR.

Ese fuera barbarismo.
No os he menester aqui;
que yo me entretengo á mí,
riendome de mi mismo,
y de todo quanto quiero.

CORBANTE.

Lo mismo hago yo de tí.

GELANOR.

¿Pues como me hablais asi,
necio, ignorante, grosero?

CORBANTE.

Como ya á conocer llego,
que solo servir podrá
el hombre ruin, que no dá,
de hacer infame mi ruego. *vase.*

GELANOR.

¡A mi tanto atrevimiento!
¡A mí este arrojo! Mas hoy
se ha de canocer, que soy
picaron de entendimiento,
pues con tanto memorial
me cargan, como si yo
fuera algo.

Sale Camilo.

CAMILO.

¿Quién aqui dió

voces?

GELANOR.

Señor, tu imperial
grandeza, pues te he servido
con prontitud y cuidado,
hoy me ha de dexar premiado,
con sacarme de valido;
pues este es afan eterno,
á que nadie bastará.
Yo me retiro; que ya
no hay fuerzas para el gobierno.

CAMILO.

¿Pues que tu gobiernas?

GELANOR.

Nada;
y ahun con eso mi rudeza
conoce, que la grandeza
es vida desesperada.
Todos se valen de mí
para uno y otro enredo,
y, quanto contigo puedo,
quieren todos para sí.
Y en el numero, que crece
de uno y otro, que me sigue,
se quexa, quien no consigue,
y quien logra, no agradece.
Mil sátyras contra tí
saca el Pueblo desbocado;

y por pobre ú olbidado
no me perdonan á mi;
persuadidos al error,
de que han de mandar, al cabo,
que mas vale, ser tu esclavo,
dicen, que ser Senador.
Antes nadie se acordaba,
que fui tu esclavo algun dia;
hoy, al ver mi fantasia,
que el valimiento ostentaba,
todos me acuerdan mi ser,
por mas que con el lucir
anda ocioso mi vivir,
de que olvidé mi nacer;
y, en que es error, he caido;
que en uno ú otro lugar,
quien tiene porque callar,
quiera, ser muy conocido.
Y asi licencia este dia
pido; pues antes campaba,
y ninguno escudriñaba
el modo, con que vivia;
y está expuesto á mil enojos
el hombre mas principal,
en quien, para bien ó mal
están puestos muchos ojos.

CAMILO.

¡Qué ignorantes son los hombres;

pues el mas sabio, el mas docto
y el mas cuerdo, tiene en fin
algo, que aprender de un loco!
Ahun este me está enseñando
este afan, á que me expongo.
Gracias á mi estudio, que
abriendome va los ojos
en el mismo error y el mismo
engaño fatal. ¡Oh como
el entendimiento saca
ahun de las desdichas logro!
¡Mas qué es esto! *tocan.*

Sale Licinio.

LICINIO.

Gran señor,
el exército copioso,
con que Adriano de las Galias
sosegó los alborotos,
y en los Alpes se quedaba
á nuevos tumultos pronto,
no ha querido tu eleccion
admitir, y presuroso
la vuelta de Roma marcha,
para hacer sin duda estorbo
al juramento. *tocan.*

Sale Lidoro.

LIDORO.

Señor,

noticias hay, de que Clodio,
un capitan de Trajano,
mueve el exército todo,
con que triunfante del Asia
volvió su Cesar glorioso;
pues, sabiendo la mudanza,
que hay en el Romano solio,
él se llama Emperador;
y desde el Cabo remoto
de Brindiz, donde su gente
quedaba en guarda del golfo,
contra Roma marcha.

CAMILO.

¡Cielos,
ahun me guardais mas ahogos! *tocan.*

Sale Cleantes.

CLEANTES.

De Sicilia y de Cerdeña
los isleños sediciosos
no han querido obedecerte;
y opuestos á tu decoro,
niegan á Italia los granos,
que en sus fertiles contornos
vertió Ceres en espigas,
hizo vegetable el oro,
faltando en Roma por eso
el abasto. El Pueblo ansioso
contra tí clama.

CAMILO.

¡Hay mas males!

GELANOR.

Sin duda se han hecho de ojo,
al llegar; que estos correos
se alcanzan unos á otros. *musica.*

CAMILO.

¡Y qué musicas son estas!

TRAJANO *saliendo.*

De Adriano los desposorios
van, á celebrar ahora.
¿Cómo no asistís vosotros,
á honrarle?

GELANOR.

¡Y mas ese trago!

CAMILO.

El dolor mas rigoroso
es este, pues entre tantos
hace mas fiero destrozo,
y matar á Adriano, ya
no solo es dificultoso,
pero imposible, viniendo
su exército. Hados piadosos,
¡qué haré!

LIDORO.

¿Qué resuelves?

CLEANTES.

¿Qué

respondes?

CAMILO.

Que estoy absorto,
Bretaña se me rebela,
las Islas hacen lo proprio,
Clodio el laurel tyraniza,
y el exercito furioso
de Italia nos amenaza.
¿Quién podrá acudir á todo,
quando ahun para el donativo
no hay medios en el thesoro?
Y quando estos memoriales
son de tantos ambiciosos,
que hoy me han pedido mercedes,
hasta mi amigo Lidoro
me pide en este, con quexas;
y quando en su mano pongo
toda mi imperial hacienda,
ahun está de mí quexoso.

TRAJANO.

Pues di, ¿que Monarca sabe,
quien es su amigo? Yo ignoro,
quien lo es mio, que escondiendo
con el interés el odio,
ninguno hay, que no parezca
amigo del poderoso.

CAMILO.

Oh felices las desdichas,

si el hado las feria á logro,
de conocer los amigos.
Y en los medios, que dispongo,
¿de quien sabré la verdad?

TRAJANO.

De nadie; porque hay muy pocos,
que hablen verdad á un Monarca,
y es el dolor mas penoso,
que tube, en quanto mandé;
que si alguna verdad toco,
es, porque yo la discurro,
pero no porque la oygo.

CAMILO.

¡Esa pension mas! Trajano,
¿qué remedio hallaré pronto
á tantos males?

TRAJANO.

A mí
tarde me pides socorro.
Tu juzgaste á tanto peso
por suficientes tus hombros.
Hoy cumplen los quince dias,
que á tu direccion otorgo;
el Senado está ya junto,
y el Pueblo con alborozo
te espera; pues novedades
alimentan este monstruo.
Y, puesto que ya llegamos,

ven ; sube conmigo al trono,
donde verás, que en solemne
acto público depongo
las insignias.

Descubrese el Senado, sientanse Trajano, Cleantes y Lidoro.

TODOS.

Viva el Cesar.

SENADOR I.

Y reciba de nosotros
el laurel y el juramento.

CAMILO.

Escuchad primero todos.
Yo no tengo tiempo mio,
yo estoy sujeto á la fama;
de elegir amigo y dama,
tampoco tengo albedrio.
De nadie seguro fio:
á ninguno puedo dar:
la Majestad singular
por fuerza me hace sufrir,
y sin quitarme el sentir
ahun no me dexan quexar.
No he de saber de amistades
sin intereses unidos;
y siempre de mis oidos
se han de esconder las verdades.
A tantas necesidades

he de acudir, y en rigor
no hay thesoro de valor
para tanto, y asi infiero,
que fui rico caballero,
y soy pobre Emperador.
Y pues de todo no ignoro,
que, si yo le admito hoy,
de mi propio imperio soy
el esclavo en grillos de oro,
y que este metal sonoro
es sin duda el mas pesado,
buscad, quien esté obligado
á esto, pues por varios modos,
ahun aqui me piden todos,
mas de lo que me han pagado.
A tus pies estoy. Perdona
ó castiga en mí mi suerte;
pero antes quiero la muerte,
Trajano, que la corona.
No basta á esto mi persona:
mas dirá mi fe rendida,
que á un buen Rey, ahunque mas pida,
(segun su fatiga hallo)
ahun no le paga el vasallo
con la hacienda y con la vida.

TRAJANO.

¿De suerte, que tú no bastas
á este peso?

CAMILO.

Ya me postro,

TRAJANO.

Pues ahora he de castigarte.
Ignorante, necio, loco,
tiene un esclavo el Imperio,
¿y tu quieres ambicioso
quitarsele, sin que pueda
suplir su falta tu arrojo?
Supuestas son las noticias
de las guerras y alborotos;
que, porque pueden ser ciertas,
ver, lo que hicieras, dispongo,
si en tal aprieto te vieras.

CAMILO.

Castigame rigoroso,
pues no extrañaré el castigo,
quando el delito conozco.

TRAJANO.

Por eso y por la amistad
de tu padre, te perdono,
y tambien te dexo vivo,
porque publiques á otros,
lo que me debes; y á Adriano
por Cesar sucesor nombro.

SIRENE.

Con que, cesando el motivo,
de estar con él desdeñoso

mi afecto, quando en Adriano
se me añade ahora el proprio,
que es lo desigual, bien puedo
decir, que es Camilo solo
mi esposo.

CAMILO.

Feliz mil veces
soy, en perder, quando gozo
tu favor.

ADRIANO.

Por no incurrir
en lo mismo, que zeloso
te culpaba, de estorbar
á un vasallo el matrimonio,
lo permito hoy, que soy Cesar,
pues con Octavia propongo
mis bodas, antes de serlo,
por no exponerme al antojo,
de que el Senado lo impida.

OCTAVIA.

Feliz soy en tal esposo.

GELANOR.

Y, si el suceso, por serlo,
no hubiere sido enfadoso,
vuestras piedades merezca
el esclavo en grillos de oro.